

PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 24 / Mayo-Agosto 2021

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

DIRECTORIO

Dr. Francisco Javier Avelar González
Rector

Mtra. Ana Luisa Topete Ceballos
Decana del Centro de las Artes y la Cultura

Dra. Adriana Álvarez Rivera
Jefa del Departamento de Letras

Dr. Ismael Manuel Rodríguez Herrera
Director General de Difusión y Vinculación

Mtra. Martha Esparza Ramírez
Jefa del Departamento Editorial

Mtra. Sandra Reyes Carrillo
*Coordinadora de las Revistas para la
Licenciatura en Letras Hispánicas*



Imagen de portada:
Barcelona Steampunk
Álvaro Ahab

PIROCROMO

Editor:

Daniel Isai Mata Velázquez

Editora adjunta:

Aurea Ariel Avila Macías

Consejo editorial:

Fanny Jacqueline Rubalcava Terrones

Fernanda Padilla Jiménez

Javier Ojeda Ojeda

Laura Sharaí Reyes Vázquez

Luis David Muñoz Rico

María Daniela Ambríz Delgadillo

María Fernanda Sánchez Márquez

María Fernanda Sánchez Morales

Marissa Paola Acevedo Godínez

Misael Alejandro Delgado González

Natalia Montserrat Luna López

Samael Vallejo López

Sara Yatziri Ayala López

Valerie Anaya Ruiz Esparza

Diseño gráfico:

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

L.D.G. Teresa Quintana Rivas

Contacto:

revistapirocromo@gmail.com

<https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>

Facebook: @pirocromo

Instagram: @revistapirocromo

Twitter: @PIROCROMO

*Pirocromo es una publicación universitaria sin fines de lucro. Todas las obras presentadas son propiedad de sus respectivos autores.

ÍNDICE

Editorial

3

**Dossier Steampunk
y otros universos alternos**

> **NARRATIVA**

Hacia otro mundo

Héctor Justino Hernández

6

La mujer perfecta

Akra

9

Ala y fuego

Sergio Martínez Medina

23

Soldados de juguete

Mauro Rodrigo Barrón Romero

29

**La emisión del fin
de un mundo**

José Ángel Ruíz García (Wolframio)

39

Everything now

Luis David López Delgado

46

Luces sobre Korolev

Johan Álvarez Castillo

55

> **POESÍA**

Retrato de un velero

aerostático en voz de su pirata

Aman Baltezar

4

Amarrillo

Ivonne Lara Navarro

60

> **IMÁGENES**

Índice

62



EDITORIAL

¿Quién sería capaz de negar la existencia de otros mundos, de aquellos posibles e imposibles, fantásticos, terribles y apocalípticos, no tan alejados de nuestra realidad? Si bien el número actual lleva como tema principal el steampunk, el dossier no se limita a ello. Encontrará usted textos que abordan el dieselpunk con autómatas cuyo funcionamiento es de queroseno, influencias del ciberpunk como el transhumanismo, el greenpunk en cuanto al planeta como una no-ciudad perfecta, así como retrofuturismo, viajes espaciales y comunicaciones interplanetarias.

Los textos, historias gráficas e imágenes que conforman el número toman la especulación, la fantasía y el apocalipsis para repensar la realidad actual o pasada o una imaginaria. Viajaremos a la segunda mitad del siglo XIX mexicano en *Hacia otro mundo*, y a la Segunda Guerra Mundial en *Soldados de juguete*; y veremos distintas perspectivas ontológicas de la máquina, el humano y el planeta Tierra. Desde el gusto a la destrucción en *La emisión del fin de un mundo*, la autonomía y libertad de la máquina encaminada a un discurso feminista en *La mujer perfecta*, hasta la máquina como un arma purgante que mezcla el transhumanismo y la crisis medioambiental en *Everything now*. Contemplaremos veleros fantasmagóricos cuyos vapores forman su espectro en *Retrato de un velero aerostático en voz de su pirata*, y el apocalipsis a través del intimismo de la voz lírica en *Amarillo*. Y al final de nuestro recorrido, encontraremos misiones espaciales en *Luces de Korolev*, y una realidad que fusiona la ficción especulativa y la fantasía para construir un mundo particular de templarios, golems, dragones y autómatas en *Ala y fuego*.

Así que les damos bienvenida, ya sean ser humano, fantástico o autómata, a este número de vapor, metal, vegetal, queroseno y universos alternos.

Daniel Isai Mata Velázquez y Aurea Ariel Avila Macías

RETRATO DE UN VELERO AEROSTÁTICO EN VOZ DE SU PIRATA

Aman Baltezar

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

Mirad las nubes segadas,
mirad la estela en su noche
que en el albor de su luna
hay allende en la nube un corte.

Mirad el gentil velero
que crea en su andar el goce.
Mirad de la estrella el brillo
que camina en sus faroles.
Mirad también la figura
que en el cielo da su porte
y un corazón en su vuelo
que estalla con fuego y cobre.

Mirad suspendida su ala
que con el viento da el trote,
mirad, cómo no mirarlo,
sus veinte astros sobre el cofre
que elevan su bruto cuerpo
donde las gaviotas no oyen.

Mirad cómo se abre el cielo
con la seda de su foque
y las aves que en su casco
pían sus leves canciones.

Mirad cómo se suspende
el azor allá en su borde
y con su viaje saluda
el lago de sus colores.
Mirad que pez parecía
con sus altos alerones
y títere sobre el viento
que se mira en sus cordones.

Mirad que viajó a otras islas
y halló del oro las flores
de un tesoro que los mares
en sus arenas esconden,
y que llegó a una amplia costa
donde una sirena joven
le dio una concha marina
que canta en su eco mil voces.

El mar con la corriente hizo
lo que no pudo ave ni hombre
y con sus olas de vidrio
al casco rompió en un golpe.
Y el aire salió del globo
como un caballo en galope,
que en su afán allá volaba
alejándose del bote.

Mirad, tan sólo mirad
que el velero sus pendones
todavía alza en las olas,
en acuáticas mansiones.
Mirad con oído atento
el correr de sus motores
que en el hábito del agua
se escucha en los caracoles.

Miradlo allá suspendido
sin frontera ni prisiones
en el sendero dormido
de fantásticas visiones:
una vela que con viento
de humo a la forma da porte
y un aliento que dispara
con su espectro los cañones.

Y aún las salas celestes
el velero roza y rompe,
allá en la niebla de luna
que transmuta en aire al cobre;
ya sin fuego ni vapor,
ni con llama en los faroles,
ni con un motor ardiente,
ni con sus tensos cordones,
quizá como un alma andante,
que con su vuelo a los soles
de una nueva vida toca
más allá de sus prisiones.



HACIA OTRO MUNDO

Héctor Justino Hernández

Lic. en Lengua y Literatura Hispánicas UV, 8º semestre

Desde aquí lo veo todo. La luna surge como un pistón que abre las montañas. El Valle de México reposa igual que un artefacto destrozado por un gran relojero, manchas de arboledas se interrumpen aquí y allá por campos de cultivo, haciendas y casas de peones. Sobre el ancho Camino Real, un autodirigible modelo Franklin intenta ganar velocidad a baja altura. Algunos objetos caen desde la cabina de transporte: lastre que sus tripulantes arrojan en un intento por ir más rápido y extraviar a su perseguidor. Detrás, un chorro de vapor sale disparado desde la chimenea de una monocicleta, cuyo motor esférico, ubicado a las espaldas del conductor, y enorme rueda –dentro de la que va su tripulante, inmóvil, en un logro de la ingeniería y la cinética– lo hacen parecer, bajo el resplandor de la luna, una especie de monstruoso caracol cobrizo. La persecución corre pareja y el poco terreno que el perseguidor gana, lo pierde conforme el autodirigible consigue ligereza y logra elevarse.

He visto tantas persecuciones como ésta que ya no es necesario anticiparme demasiado. Espero desde aquí arriba a que se acerquen, deben hacerlo, es necesario que el autodirigible soporte la distancia que nos separa, de otra forma no podré engancharme a la cabina y saltar hasta la plataforma de la popa. En otro tiempo, los monociclistas no eran tan abundantes y no se acercaban tanto al valle; viajaban a lo

largo de las provincias, robando a los mercaderes extranjeros y, a veces, a los peones de las haciendas. Pero desde la llegada de don Porfirio, tras la muerte prematura de Juárez bajo la armada de autómatas del derrocado Emperador, todo este lugar se convirtió en un páramo, en un caos inmenso: monociclistas, piratas aéreos, ladrones mecánicos y bandas de evadidos eran cada vez más osados y se acercaban a la ciudad, protegida apenas por un ejército mal organizado de harapientos.

No puedo pensar por más tiempo, el autodirigible está a tiro, pasa cerca del terraplén donde me hallo, rozando las ramas de espliego y hierba santa. Me ciño la cuerda y lanzo el gancho que se enreda en la superficie de un barandal. Activo el mecanismo que está conectado al aparato de mi espalda; hace un ruido como de relojería y, a continuación, me arrastra con el impulso de la tensión generada. La experiencia acomoda mi cuerpo en el aire para caer dentro de la cesta del autodirigible, sin que la fuerza me impulse demasiado y corra peligro de caer treinta metros por la borda, hasta una muerte casi segura. Aterrizo con esfuerzo, trato de regular mi respiración para no fallar, afianzo mis botas en la superficie del transporte y desengancho la cuerda.

Me acerco tanto como puedo al barandal de la popa y extraigo de un bolsillo la red imantada que, si bien no detendrá para siempre al monociclista, averiará la rueda, por lo menos hasta que el sujeto consiga destrabarla del mecanismo que transporta la hulla desde el compartimento a la caldera. Alzo la mano, pero una orden me ataja. Una mujer aparece en el quicio de la puerta que se interna en la canasta transportadora del autodirigible, viste a la usanza europea y trae un arma en las manos. La reconozco y, antes de que ella me alcance y me diga la razón por la cual quiere que me detenga, también me reconoce. Sabe quién soy y que nuestro encuentro, a pesar de no presentarse en las mejores condiciones, iba a ocurrir de todas formas cuando ella arribara a la Ciudad de México. No continúa y, por su postura, entiendo que me deja hacer lo que pretendo. No dejo que su presencia me amedrente, aunque sé que después lo hará. Lanzó la red, que se extiende gracias al mecanismo de tracción, hace una parábola en el aire, hacia arriba, y cae sobre el Camino Real. Dentro de pocos instantes, la monocicleta pasará por ahí, avanzará diez o quince metros y luego se detendrá por completo una vez enredada la red en el mecanismo locomotor.

Me giro:

—Laura Méndez Lefort —le digo—. Perdón, de Cuenca, no pensaba encontrarla por aquí.

—Ni yo a usted, señor Acuña.

Me dispongo a pasar una larga noche en compañía de los recuerdos que ahora se han vuelto carne, a tocar de nuevo los restos de un amor expirado, pero cuya marca permanece indeleble en el suelo de mis recuerdos, como una mancha de ceniza que deja una hoguera consumida hasta sus entrañas. A mi espalda escucho, cada vez más lejos, el sonido del mecanismo de la monocicleta, el gruñido que hace el esfuerzo de sus engranes en tensión y la exhalación de una bocanada de vapor que sale expulsada de su caldera hacia el rutilante cielo nocturno.



La mujer perfecta

Akra

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 8° semestre

Prólogo a la primera edición cuidada, no notada

La presente edición es fiel al original, encontrado escrito sobre láminas de cobre, con fecha desconocida y de autor en la misma situación. El título con que se publica (“La mujer perfecta”) no se encontró sino hasta el final del escrito, por lo que no se sabe si es el que su autor le dio o el de algún copista o comentarista posterior, pero a falta de uno mejor se decidió adoptar éste. Se hace hincapié en que esta edición no es notada debido a que carece de los estudios suficientes y necesarios aún para realizar un aparato crítico fiable, aunado el relativamente reciente descubrimiento de la obra a que no se encuentra mención de ella en los estudios de época: de Manuel José del Espinazo y Arturo Giambattista (*Todas las obras de la Tecnogidad y Sobre engranes de latón y de escribientes* respectivamente).

Sin embargo, la publicación se justifica por los estudios de la Dra. Helena Purple, que encontró en varios catálogos antiguos referencias a obras poco conocidas de su paisano de época, el reconocido autor inglés Nicolás York. Algunos de esos títulos, que difieren de un catalogador a otro (*The Perfection of Women, What if a Woman were Perfect?, Thy, Perfect Woman!*), hacen pensar que esta obra pudiera ser una traducción no divulgada (lo que podría explicar partes que se consideran corruptas, tal como los diálogos de Sirvientes y la falta de indicaciones extradiagéticas). Aunque es una suposición que no se puede confirmar por causa de que no hay noticia, hasta la fecha, de que una de esas obras de York haya

salvado más que su nombre en el idioma original. Sin más, reconstruimos la lista de los personajes, que no estaba en el original, y modernizamos el uso de grafías y de recursos tipográficos para adaptarlos a la regla actual.

*Editoras de la colección, Juana Isabel Flores de la Torre
y Juana Carrasco Vigny*

Argumento¹

Un inventor de modas, amalgama graciosa, que la sociedad del siglo pasado propició entre un ingeniero y un diseñador de prendas, por el gusto de los remaches metálicos y los detalles en cuero, así como de partes móviles en la ropa, crea lo que llama un² autómatas, movido con vapor (como se impulsa todo instrumento de ciencia), pero también con sentimientos. No tiene mayor mérito que el de llevar la historia de principio a fin,³ ya que, dejando de lado la locura de una máquina viva, no hay verosimilitud ni en el sentimiento varonil ni en el actuar femenino.⁴ Además, no se considera representable porque no se incluyen especificaciones de escenarios, vestuarios o muchas de las acciones de los personajes.⁵

Lista de personajes en orden alfabético:

AMA DE LLAVES

GEORGIANA

MAYORDOMO

PATRICK

SIRVIENTES

-
- 1 Fue encontrado junto con el texto de la obra, aunque no creemos, por supuesto, sea del mismo autor.
 - 2 En la obra se nombra como “una autómatas”, pero el escritor del argumento evidentemente no la leyó con el cuidado necesario, creemos plausible que fuese un argumentista de oficio y no un lector interesado.
 - 3 Al contrario que el argumentista, identificamos que la obra participa del *je ne sais quoi* propio de las obras representativas de época, especialmente del estilo de Nicolás York, Patricia Ming, o de alguno de los epígonos de ellos.
 - 4 Desconocemos totalmente por qué el argumentista desconfía categóricamente del “amor” del inventor y de la fuerza de ánimo del autómatas.
 - 5 Esta última oración del argumentista dificulta la posibilidad que planteamos sobre que el texto esté corrupto, ¿podría ser que el texto esté como debe ser?

AMA DE LLAVES: Ay, señor, el amo y la señorita Georgiana hace varias horas que salieron para el baile en Palacio, ¿cómo les estará yendo?, ¿la señorita estará bien?, ¿habrán ya conseguido una invitación para el baile de la próxima semana?, ¿la señorita no habrá tenido ningún problema?

MAYORDOMO: ¿Qué problema puede tener, mujer, si el señor está con ella? Claro que siendo lo que es, todo problema es esperable.

AMA DE LLAVES: No me sermonee usted, que su puesto será más alto, pero yo tengo más tiempo en la familia.

MAYORDOMO: Querrá decir al servicio de la familia, señora.

AMA DE LLAVES: Lo que usted diga... señor (aparte) si es que le queda.

MAYORDOMO: ¿Ha dicho usted algo...?

AMA DE LLAVES: Ciertamente no..., Pero ¿qué es acaso lo que veo?, ¿no es ese el coche del amo? Tonta de mí si no lo reconociera, si ya tengo alucinadas esas ruedas gigantes y reconocería donde fuera esas fumarolas endemoniadas, esos alerones de mármol y carrocería de bronce pulido. Ustedes, ¿qué no ven que viene el amo y la señorita? Bajen a recibirles en la puerta.

MAYORDOMO: Señora, le recuerdo que sobre el servicio mando yo, no usted.

AMA DE LLAVES: Ay, entonces mándelos usted. Si le digo que el coche ya viene, ¿por qué se queda allí parado sin hacer nada?

MAYORDOMO: Me voy a atender al amo. Ustedes síganme y usted espere una reprimenda.

AMA DE LLAVES: De verdad que este hombre está cada vez más irritable, ¿qué voy a hacer si...? Pero debo dejarme de mis miedos que si vuelven tan pronto algo habrá pasado, ¡ay, Sol!, todavía te ocultas, es tan temprano para el final de un baile, ¿será que les hicieron pasar un mal rato?, ¿o el amo hizo algo vergonzoso y tuvieron que regresar antes?

No le habrá pasado nada a la señorita, espero, ¡ay, inquietud que me atacas!, ¿y si le pasó algo en serio?, ¿la habrán descubierto?, ¿le habrán hecho algún desplante o grosería? El señor sabe cómo son las gentes de la corte, las damas vituperantes y los caballeros aun peores. Pero ¿qué se puede hacer si los dos coinciden en ese gusto?, el amo por orgullo y la señorita por querer vivir, esto es aparte, mas ¿los habrán invitado al baile de la semana que viene, más fastuoso, más selecto? Si la Reina tuviese ojos de seguro que los invitaría, pero precisamente porque tiene ojos... Ay, que ya suben, oigo el alboroto en las escaleras, todo el mundo viene subiendo, sus pasos truenan, pero sus voces callan, mala señal.

PATRICK: Señora, venga aquí, ayúdeme.

AMA DE LLAVES: ¿El que me llama es el amo?

PATRICK: Ayúdeme, señora, que nadie más en esta casa tiene delicadeza con mi Georgiana.

PIROCROMIO

12

#24 steampunk

AMA DE LLAVES: ¡Ay, señor mío! ¿Le pasaría algo? que si le pasó algo yo me muero... Amo, ¿qué le pasó a la señorita?, ¿por qué no dice nada? Sus faldas de encajes se ven intactas, sus guantes y corsé no tienen ni un engranaje desordenado y sus fuelles de cuero no están ni un ápice desacomodados, pero no la reconozco.

PATRICK: No se preocupe, sólo se ha olvidado y bebido una copa, ya ve que eso nunca es bueno, pero para ella impensable. La dejo en sus manos, señora. Mayordomo, ponga al servicio a trabajar, necesito los materiales que usted sabe.

MAYORDOMO: A la orden, señor. Ustedes, busquen llave inglesa, desarmadores varios y las llaves Allen.

SIRVIENTES: A la orden, a la orden, que la señorita lo requiere. Llave inglesa, llave inglesa, antes en la mesa y ahora en la mano del amo diestra. Desarmadores, desarmadores, desde los aparadores hasta las mesas que rodean a la señorita y los mesones. Llaves Allen, llaves chicas, llaves grandes, todas de las Allen. Acá está todo, ¿qué más?, ¿qué más?, que me tiene de los nervios esta espera sin más.

MAYORDOMO: Busquen el aceite y unos lienzos secos, y no olviden el agua del repuesto.

SIRVIENTES: A la orden, a la orden, que requieren mis servicios. Llega el aceite, llega el aceite en torrentes y los lienzos, y los lienzos en montones sin tropiezos y el agua fresca de barriles, de barriles el agua abundante antes de que empiecen los maitines. ¿Algo más?, ¿otra cosa?, que algo más si puedo haré por no tener mi mano ociosa.

PATRICK: Eso es todo por ahora. ¿No ha quedado perfecta mi Georgiana como antes?, ¿no es tan bella como el latón recién pulido y atractiva como un reloj bien esculpido?, que alguien responda mi pregunta.

AMA DE LLAVES: Es hermosa como siempre, amo. Señorita, ¿qué tal ha ido el baile? (Espera) Amo, ¿por qué no habla?, ¿algo le pasó?, dígamelo que me tiene esto en ascuas.

PATRICK: No se preocupe, señora, deje que los engranajes giren y los fuelles se llenen de vapor, que se reinicia el mecanismo de mi Georgiana. Mientras, queden todos quietos para contarles lo que pasó. Sabrán que hace una semana me llegó una invitación al primer baile de la temporada donde todo el mundo que es *alguien* asiste a besarle la mano a Su Majestad, y que mandé un recado pidiendo un segundo boleto para una conocida, Georgiana, por supuesto. Pues en llegando hoy, allí fuimos la sensación, y no es para menos, que yo, sin desmerecer mi fama de inventor de modas, llegué en mi mejor traje sencillo con remaches de bronce y mi monóculo mejor formado del mismo material. Aunque mi mejor pieza, sin duda, fue Georgiana, que anunciaron como mi amiga, quien bajó las escaleras de mi brazo con los ojos de todo el mundo pegados en ella. Y no es para menos, porque como la ven ahora estaba entonces, tan altiva con su piel perfectamente platinada y sus cabellos en una alta torre de tirabuzones de electro, con todos los vuelos de las faldas etéreas ceñidos en la cintura con ese corsé, reforzado de alambres para soportar el peso de tantos tejidos que una mujer normal no podría con ellos, y con mis guantes, los mejores de la temporada porque casi no se les ve el cuero entre los remaches y engranajes, que en verdad giran impulsados por el vapor de los fuelles que, como un aura, rodean a Georgiana.

El caso es que a todo el mundo con quien hablamos allí se las presenté como mi novia, y déjenme decirles que debieron de ver las caras de esas personas, sobre todo las de los cortesanos que antes decían que sí, que mis diseños son útiles y hermosos, pero que yo no encontraría una pareja decente. Incluso el petulante de mi hermano, que al casarse con una hija de un lord se sentía tanto, se amilanó cuando la Reina solicitó nuestra presencia. Ése fue el último éxito, si me permiten decirles, porque Su Majestad quedó maravillada, naturalmente como mujer. Requirió a Georgiana a su lado para admirarla más de cerca, aunque me aseguré de decirle que era mi prometida, para que supiera que yo también era digno del trato con que nos distinguió. Nos dio la invitación al siguiente baile, el verdadero evento importante de la temporada. Luego tuvimos que hacer sitio a otros personajes casi tan elegantes como nosotros y, en ese momento, Georgiana cometió la imprudencia de beber una copa de vino, y ya sabrán ustedes que el mecanismo de su garganta no es del todo a prueba de agua, por lo que tuvimos que volver de inmediato antes de que algo pasara y se desvelara el secreto. ¿Verdad, cariño?, ya deberías poder hablar, ¿o no?

GEORGIANA: Cierto..., mmm, aunque mi voz no está del todo... bien, la oigo extraña.

PATRICK: Es normal, pasarán unas horas antes de que esté del todo restablecida. Ahora habría que ir a descansar, no hay más que hacer, ja, ja, ja. Aunque no creo poder dormir, estoy tan emocionado, ¿tú no? ¡Iremos al Baile de la Corona!, ¿no es extraordinario?

GEORGIANA: Lo es..., pero, Patrick, ¿no podrías hacer algo... conmigo? No me gusta no poder beber líquidos como una persona, después de todo... mi cuerpo también funciona principalmente con... agua, ¿no es ridículo entonces que no pueda beberla? Luego..., si mi cuerpo funciona tan perfectamente ¿por qué tengo... aún que pasar a diario por el trabajo de darme cuerda... como un reloj barato si podría funcionar indefinidamente?

PATRICK: Cariño, entiendo lo que dices, pero lo que bebías no era agua, era vino, y no tienes la necesidad de beber nada. Eres una autómatas, la primera autómatas real; no tienes la cadena de las necesidades fisiológicas.



Y, por otra parte, podría cambiarte las piezas necesarias para evitar que tus engranajes necesiten de darles cuerda, mas me temo que es una operación complicada, y si no sale del todo bien, podrías dejar de existir, ¿lo entiendes?

GEORGIANA: Entiendo y te contesto, sé que no necesito comer o beber..., pero, ¿no crees que, ahora que estaré más en sociedad... notarían y se extrañarán... las otras personas de que no ingiera comida o bebida alguna?... Eso les levantará sospechas sobre mí. De lo otro, es una cuestión de... ser autómatas como dices, ¿cómo puedes llamarme así si no soy lo que el prefijo dice? Piensa que... si un día sales de viaje o te retrasas en un mandado, yo me quedaré como una muñeca, qué terror de situación... Te ruego que me hagas esos dos favores, cambia el mecanismo de mi garganta y deshazme de la cuerda.

PATRICK: Lo que dices tiene sentido, con el tiempo las personas notarían algo raro en ti, pero con lo otro no me atrevo, ¿qué será de mí entonces si te pierdo?, eres literalmente la obra de mi vida entera, no podría a estas alturas volver a empezarla, ¡me mataría!

GEORGIANA: Señora, ayuda, usted que conoce a Patrick por más tiempo..., dígame lo necesario para convencerlo, que yo no deseo vivir si no es... por mí misma.

AMA DE LLAVES: Amo Patrick, amo, escuche a la señorita que no le pide algo imposible para usted.

MAYORDOMO: ¿Qué no ha oído usted, señora, que es algo muy difícil?

AMA DE LLAVES: Difícil no es imposible, mayordomo. Si el amo ya creó a la señorita, puede hacer otra hazaña y hacer lo que ella le pide.

MAYORDOMO: El señor es muy hábil en verdad, ama de llaves, pero ¿para qué quiere ella vivir sin cuerda?, ¿y a usted qué le importa lo que pase?

AMA DE LLAVES: Pregunta cosas muy necias usted en verdad. Ella como mujer debería poder andar sin tener el pendiente de que se le

acabe la movilidad del cuerpo, y por supuesto que me importa lo que le pase a la señorita, porque la quiero como a mi hija, cosa que usted no entendería.

MAYORDOMO: Es cierto, no entiendo lo que dice; ella ni es una mujer, porque está hecha de metal y por lo mismo no es su hija. Lo mejor sería que el señor no hiciera eso, no parece natural.

AMA DE LLAVES: ¿Usted qué sabe de naturaleza si nunca en su vida ha querido a nadie ni a nada?

MAYORDOMO: Lo que usted dice no tiene sentido, señora, yo creo...

PATRICK: Basta, ustedes dos. Lo que ha dicho Georgiana tiene mucha razón, lo mismo que usted, señora. Lo haré entonces, cariño, si estás segura de que es lo que quieres.

GEORGIANA: Lo es, Patrick, te lo afirmo.

PATRICK: Bien, entonces manos a la obra de una vez, ahora que me siento tan lúcido. Vamos a esta parte, recuéstate sobre la mesa. Aquí en el armario está todo lo que necesito y las otras herramientas ya me las habían traído.

(Aparte)

MAYORDOMO: ¡Ay, señor! ¿En qué se mete por obedecer a esa... criatura?

AMA DE LLAVES: ¡Ay, señor!, que el amo no se equivoque y haga bien esta... creación.

SIRVIENTES: Pero qué nervios siento, pero qué nervios los míos. Señorita Georgiana, señorita, elegante como estatua y como lanza bonita, el señor le ha dado cuerpo y el cielo vida, que el señor le dé fortuna y el amo alegría, no se vaya a perder usted, mejor amanezca como amanece el día.

MAYORDOMO: No es natural lo que el amo hace, no es natural, lo repito.

AMA DE LLAVES: Por una vez me agrada el amo. Si natura no la hizo, él sí por buenaventura.

SIRVIENTES: Pero qué nervios siento, pero qué nervios los míos, señor, senos propicio. Amo Patrick, sea raudo, pero más sea preciso, no sea que se pierdan las dos vidas, la de ella y la suya de corrido. No sea que haya dos muertes, la tragedia y el suplicio, ¡ay, que no aguanto ya!, esta espera ¿es propicia o maleficio?

PATRICK: Acérquense, acérquense todos, que he terminado ya y el sol apenas raya con su viso.

AMA DE LLAVES: Pero, amo, no se mueve, no se mueve ni un poquito.

PIROCROMIO

18

#24 steampunk

MAYORDOMO: Es posiblemente lo mejor que esto sea y vayamos todos a otro sitio. (Pausa)

PATRICK: Aguarden, se mueve, ¡se mueve!, abre los ojos. ¿Cómo estás, cariño?

GEORGIANA: ¿Qué ha pasado?, ¿ya has terminado?

AMA DE LLAVES: Ya ha terminado, señorita. Para usted no parece haber pasado el tiempo, pero vea estas ojeras y estas arrugas de mis ropas; han pasado horas y yo con el alma en un hilo, viendo todo lo que el amo hacía: quitando y poniendo piezas de brillante latón, ¿ya ha sido todo en verdad, amo?

PATRICK: Ya fue todo, señora, y tú, cariño, ven, déjame ayudarte.

GEORGIANA: No me toques.

PATRICK: ¿Qué?, pero ¿qué pasa, cariño?

GEORGIANA: No me llames así, que no soy tu cariño, ni nada.

PATRICK: Pero ¿qué dices?, ¿qué ha pasado? No entiendo, no toqué el centro de tu memoria ni el núcleo de tus emociones.

GEORGIANA: Por eso mismo, recuerdo perfectamente todo y siento como siempre he sentido. Siempre me desagradó que me llamaras tu conocida, porque yo no te conozco. Siempre venías a trabajar en mí unas horas y luego me dejabas aquí encerrada en este taller.

PATRICK: Pero no podía hacer otra cosa, no se saca nada del taller sin acabar. ¿Qué estás haciendo, por qué juntas cosas en una maleta?

GEORGIANA: ¿No es obvio?, ¿no que eras tan inteligente? Me voy de aquí, o ¿creías que porque dijiste hoy que era tu amiga me quedaría?

PATRICK: No lo dije yo, lo dijeron otros cuando nos presentaron, y yo no quiero que te vayas.

GEORGIANA: No importa lo que la gente diga, ¿cómo vas a ser mi amigo si sólo me has usado para quedar bien en la corte? Y luego llámame tu novia, ¿sabes qué desagrado me dio oírtelo decir?

PATRICK: ¡Georgiana!, yo he dedicado toda mi vida a ti, estás viva gracias a mí, ¿no crees que me debes eso y más? Deja ya esa maleta, te lo ruego.

GEORGIANA: ¿Deberte yo algo?, pero ¿me has dedicado ese tiempo a mí, o lo has dedicado a poder ganarle en algo a tu hermano? Patrick, suelta esa manija.

PATRICK: Pero no puedes dejarme. ¿Qué van a decir de mí y de ti? Piensa en la Reina, vamos a ir al próximo baile juntos, debemos ir, nadie puede desairarla así.

GEORGIANA: Que la sueltes te dije. Bien, ahora voy a decirte algo de la Reina, ¿sabes por qué me dijo que me acercara?, me preguntó si en verdad estaba contigo, me ofreció su ayuda para cancelar el supuesto

compromiso. Mira, aquí está la invitación que antes no te molestaste en revisar por tu euforia; es individual y está a mi nombre. Su Majestad nunca te quiso a ti en su próxima velada.

SIRVIENTES: ¡Dios mío, ¿qué está pasando?!, ¿qué pasa?, ¿qué sucede? Los amos discutiendo, los amos arguyendo. Se me viene una desgracia, lo veo claro, lo veo cierto, se me acaba la vida, se me va el trabajo, se evapora este cielo.

AMA DE LLAVES: Silencio, ustedes, ¿qué no ven que la señorita está tomando su lugar?

MAYORDOMO: Pero ¿qué lugar es ése? La desgracia, la desgracia del amo ¡y la nuestra!

SIRVIENTES: ¿Qué haré?, ¿qué haré? Tiemblo de miedo, tiemblo de temor, ojalá no estuviera aquí sino en sitio mejor, en la cocina desayunando o limpiando el balcón, siquiera por no ver la pelea que termina con mi ánimo y valor. ¿Qué va a pasar ahora?, ¿qué?, que se me van la vida y el trabajo, y el paraíso que era esta locación.

PATRICK: No sé qué te pasa, Georgiana, pero, por favor, no te vayas, podemos arreglar la situación.

GEORGIANA: No lo entiendes, Patrick. No hay arreglo posible, ya no necesito soportarte y me voy.

PATRICK: ¡Georgiana, alto!, ¡te lo ordeno! Yo te hice, debes atenderme. ¡Ponme atención!

GEORGIANA: Ja, ja, ja, no debo hacerte caso, soy mi propia persona, aunque te pese. Adiós.

PATRICK: Pero ¿qué ha sucedido? No lo entiendo, no lo entiendo. ¿Estas lágrimas son de rabia o frustración? Ya la oigo que baja los escalones, imperturbable como ser sin corazón, cosa curiosa, porque sé que tiene uno, yo mismo se lo puse: una caldera de la más firme aleación.

¿Cómo pudo hacerme esto, a mí que soy su creador?, pero más importante, ¿qué voy a decir en sociedad?, ¿qué van a pensar de mí los demás? La Reina, la Reina me ha burlado y así lo hará el resto de la corte también, desgracia más profunda no sintió nadie. Lo juro, lo juro, seré el hazmerreír, la burla de todos, el único hombre que creó una mujer, la mujer perfecta, y ella lo abandonó. Yo... Pero, ¿qué oigo?, ¿suben pasos de nuevo, podría ser ella arrepentida? ¡Georgiana, has vuelto!, lo sabía, no podías ser tan desalmada, yo...

GEORGIANA: Calla, Patrick, que no es contigo. Vine a decirle, señora, que siempre fue buena conmigo y me ayudó siempre, que no se preocupe, volveré por usted apenas consiga un sitio, que yo no necesito apenas nada, pero para usted sí buscaré un sitio cómodo. Por favor aguarde, no será mucho tiempo, a lo sumo unos días.

AMA DE LLAVES: Gracias, señorita, la esperaré.

PATRICK: ¡Georgiana!, ¿estás jugando conmigo?, ¿vuelves sólo para llevarte a mi criada? Juegas conmigo ¿verdad? Ya deja esa maleta y deja que se pase el disgusto, no entiendo por qué...

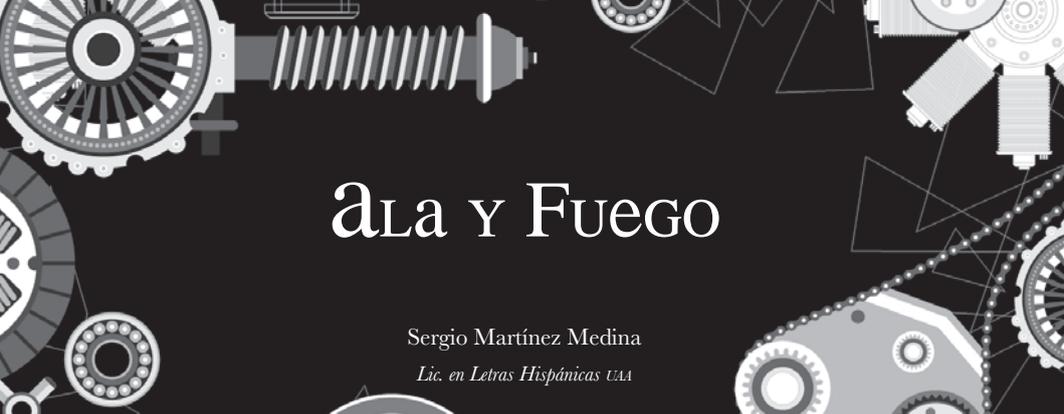
GEORGIANA: Por primera vez dices algo cierto, Patrick, no entiendes, me había olvidado de decir aquello y he vuelto a enmendar mi error, pero yo en verdad me voy.

PATRICK: No te puedes ir, no me puedes dejar. ¡Si te vas me tiro de esa ventana, Georgiana!, ten en cuenta que es un quinto piso, es una muerte segura. ¿Llevarás eso en tu conciencia?

GEORGIANA: Haz lo que debas, Patrick, pero recuerda, si saltas es cosa tuya, yo ni te obligué ni te lo pedí. Adiós.⁶

6 En el original no es este el final, sino que hay dos líneas más: una en la tipografía que quien lo grabó utilizó para señalar diálogos y otra en la que marcó una indicación, ambas cortas, por lo que solamente se puede suponer cuál sería el final. La razón de que esta parte esté corrupta es lo que parece un intento deliberado por borrarla, pero ¿quién cometería semejante cosa? Sólo podemos conjeturar: ¿el copista lo agregó y después lo retiró arrepentido, o un lector posterior lo consideró innecesario o un añadido...?





Ala y Fuego

Sergio Martínez Medina

Lic. en Letras Hispánicas UAA

Ciclo 518, Quinta Era. Granada.

El vapor de los pistones salió disparado con tanta fuerza que Laila debía pasar casi agachada entre los enormes engranes del reloj de Granada para no lastimarse. Ese, no obstante, no era su mayor problema. Si los relicarios la atrapaban con la Alqanti, le quemarían la otra mitad de la cara. Después de todo, nadie quería tener un huevo de dragón bajo la ciudad. Una sombra pasó frente a ella, arrojada por los candiles eléctricos que adornaban la Vía Dolorosa, la calle principal que conectaba todos los nuevos edificios de la Perla del Desierto. Era un relicario. Los malditos llevaban ahora máquinas para detectar a los magos, y, aunque sabía engañarlas, nunca podría caminar sin la sensación de que la vigilaban. Debía moverse rápido y con cuidado. La Hermandad del Ala y Fuego la esperaba.

Se coló por una alcantarilla y recorrió varias calles. El sonido de las pisadas de los autómatas y de los gólems le recorría los nervios. Había visto lo que eran capaces de hacer. Los alquimistas los crearon para exterminar la magia incómoda, el conocimiento oculto, y en muchos lugares, los necro y los etermantes eran cazados con ferocidad. Todo empeoró cuando despertaron los dragones. Dirigibles, construcciones enanas, dispositivos gnómicos... Todo Úrim parecía preparado para la guerra. Toledo y Granada proveían la mayoría de las armas de la región. Pasó justo debajo de un taller que hedía a pólvora y otros compuestos alquímicos. Seguramente estarían fabricando gólems en ese momento. Los recordaba bien. Materia inanimada mezclada con palabras ocultas al alma de una bestia o de algún pobre desgraciado condenado a servir

al Obelisco. En el pasado eran temibles, pero combinados con la nueva tecnología, con el poder del vapor y las lanzas del plomo, se habían vuelto unos monstruos. La única diferencia entre ellos y los autómatas era esa chispa vital: los autómatas no requerían alquimia; la falta de alma los hacía seguir instrucciones básicas, pero no tenían una voluntad propia, cosa que los gólems sí.

Poco a poco, se fue acercando a los corredores que mejor conocía. Sobre ella, la ciudad estaba tranquila. No encontró a las patrullas que habitualmente merodeaban los alrededores del palacio en ruinas. Quizá se habían ido por los rumores de un dragón en el desierto. O quizá no. La sensación de que algo estaba mal empezó a subirle desde la boca del estómago, y le rogó a los guardianes que fuera sólo la angustia de llevar un objeto tan precioso como la Alqanti entre las manos. Alqanti, la vigilante, el huevo del dragón. Lo apretó entre sus manos, apenas mayor a una manzana, y escuchó el susurro dentro de ella: *Sa*. Se agazapó entre las sombras y abrió la trampilla con mucho cuidado. Dejó la zona de talleres y salió una vez más a las calles principales, adoquinadas y embellecidas para recibir a los turistas de otras razas. Los altos arcos y los vidrios multicolores la embriagaban ahora como tantas otras veces, y sin darse cuenta, pronto llegó a la entrada secreta del palacio. Durante décadas, se dijo que los hechiceros del pasado habían despertado algo en el sótano y, al final, les pareció más fácil abandonarlo a su suerte. ¿Habría sido un Al-Faragh, uno de los llamados Espíritus del Vacío? Sólo los muros sabían, y justo por eso la Hermandad eligió aquel lugar como centro de operaciones. Estaban protegidos por un mito, por una sombra que no se podría matar ni con magia ni con balas.

A pesar de la soledad, avanzó con sigilo. Se recargó en los pilares de piedra, en las columnas abandonadas, y aunque habría podido correr y llegar de una buena vez, Laila siempre fue cuidadosa. Su único error, su única falla había sido confiar en Aliya. Lo pagó con la mitad de su cara, claro. Torturada por los relicarios, quienes la dejaron viva como castigo. Le arrancaron varios dedos y le dejaron marcas de látigos y atizadores por todas partes. Alguno de ellos sugirió arrancarle su cabello de fuego, pero los demás decidieron que sería mejor que se delatara continuamente como bruja. El silencio de la noche se vio roto por los pasos de un autómata que vigilaba cerca. Los gnomos les habían puesto dos ojos capaces de seguir el movimiento, e impulsados por todo el

dinero y todo el poder de Mekanikéia, los autómatas fueron desplegados en todo Úrim para ayudar a los relicarios con la cacería. Tenían dos enormes pinzas, un núcleo de poder, varios motores de carbón y vapor, y pesaban más de tres toneladas. Casi todos iban equipados con una ametralladora o con un arpón para cazar brujas. Los había estudiado. Los conocía mejor que a ella misma.

Alcanzó por fin las piedras que tapaban la entrada secreta al sótano. Hizo un movimiento rápido con sus dedos sobre la superficie del huevo petrificado, y éste volvió a susurrar, esta vez, la sílaba *Nex*. Las piedras se separaron y dieron paso a un túnel. Laila bajó un par de escalones antes de notarlo. Habían usado alquimia. Sus dedos se tensaron y la cicatriz que tenía en la cara se endureció. Los relicarios estaban ahí. Trazó un *alif* en la Alqanti para pedir prestada la visión del embrión. De pronto, un mundo de luces doradas y escarlatas se manifestó ante sus ojos. Los charcos de sangre iban en aumento, se mezclaban con pisadas de gólems y autómatas, y había magia residual por todas partes. El corazón se le fue a la garganta. Apretó el artefacto contra su pecho. El olor de las orquídeas de la Hermandad era opacado por el de la pólvora. Las antorchas estaban apagadas, y una reverberación constante de motores venía desde la sala que se hallaba al fondo.

Ya no era hora del sigilo. Laila corrió hasta la columna que formaba la primera puerta subterránea y se recargó en ella. Desde ahí pudo ver las fuerzas que asaltaban la estancia, bien definidas en tres grupos. El primero, el grupo de asedio, constaba de una docena de relicarios y templarios; los relicarios utilizaban un ariete impulsado por vapor para demoler las puertas, mientras que los segundos, especializados en cazar brujas, llevaban escudos de vibranita, capaces de repeler algunos hechizos. Otro grupo estaba conformado por las fuerzas mecánicas: llevaban tres gólems y tres autómatas. El último era un grupo de voluntarios que iban recolectando los cuerpos y los echaban en un gran vagón para quemarlos una vez que terminaba el asalto. La gente de Granada, nunca se supo si fue por miedo o por comodidad, le entregó su vida al Obelisco.

Lo vio muy tarde. Uno de los templarios llevaba un detector de energías residuales que emanaban de cualquier hechizo que se hubiera realizado, por débil que éste fuera. Sus miradas se cruzaron y él dio el grito de alerta. Dos arpones salieron disparados en su dirección. Apenas logró esquivarlos. Uno de los templarios abandonó su posición al

frente y le hizo señas a un gólem que estaba cerca. La bestia mecánica volteó y la fijó de inmediato. El golpeteo de las balas contra la roca, el humo de los autómatas, el corazón que no cesaba en sus intentos por salirse de su garganta. Supo que no habría más Hermandad si no hacía algo. Por suerte, había una pequeña bodega con herramientas mágicas que podrían, al menos, inmovilizar a los agresores. Se cubrió detrás de una de las columnas, evadió otro arpón, pero si por algo eran conocidos los templarios era por su certeza con los rifles. Una bala le impactó en la espinilla y le destrozó la pierna. El dolor la cruzó en una marejada y soltó la Alqanti. La piedra rodó frente a ella, lo suficientemente lejos como para saber que no la alcanzaría y lo suficientemente cerca como para que le quedara poco de esperanza.

—¡Por allá, atrás del pilar! —gritó el templario. El gólem encendió un par de luces reflectoras para buscarla. La pierna le estallaba.

—Orden confirmada —apenas podía escuchar las voces. El escorzor y la pérdida de sangre la marearon—. Objetivo fijado. Exterminando el refuerzo de los cultistas.

Una ráfaga de balas hizo que pedazos de la columna saltaran por todas partes. El polvo se le metió a los ojos y las rocas partidas llovieron sobre ella. La sangre le salía a borbotones y pronto rodeó a la piedra negra. Laila suplicó al Vacío su ayuda, y una sola sílaba nació del huevo: *Ga*. ¿Después de tanto, estaba vivo? Lo único que supo era que debía llegar a él. Se arrastró un poco, giró cuanto pudo con un cuerpo que se debilitaba rápidamente, trazó un símbolo de sangre en el aire y la piedra que la protegía se endureció y se ensanchó un poco, lo justo para alcanzar la Alqanti de un salto. Puso todo su peso en la pierna buena y se impulsó. Alcanzó el artefacto justo antes de que el arpón le atravesara la columna. Sus dedos manchados de sangre se posaron sobre él y repitió las sílabas que había escuchado:

—¡Sánexga! —El gólem se acercaba para rematarla—. ¡Nexsága! —El cuerpo se había paralizado de la cintura para abajo, y el aire apenas podía entrar a sus pulmones—. ¡Ságanex!

Una luz intensa emergió de las entrañas de la piedra, y Laila, consciente de que moriría, se aferró a su cuerpo tanto como pudo. No se iría sin su venganza. Los detectores lanzaron chispas y se quemaron en las manos de los templarios, y todos los refuerzos mecánicos redirigieron su atención hacia donde se encontraba ella. El orbe se encendió en llamas, se tornó morado y la sangre que habían derramado sus her-

manos se sacudió. Parecía llamarla. Pronto temblaron también las piedras que la rodeaban. Una luz dorada surgió del centro del orbe, y la sangre empezó a formar el rostro de un dragón. Los gólems avanzaron y los autómatas los siguieron. Descargaron una ronda de balas, y los arpones chocaron contra la crisálida de piedra. Entonces lo entendió. No era un huevo. Era otra cosa.

Los relicarios gritaron y los templarios retrocedieron, recargaron sus armas y dispararon contra la sangre. Un rugido reverberó entre las galerías petrificadas del sótano del palacio, y los gólems y los autómatas quedaron paralizados. Los motores se sobrecalentaron y se incendiaron, y, en un parpadeo, sus máquinas habían sido destruidas. Los restos chamuscados de la artillería mecánica fueron atraídos por la luz. Poco a poco, la cabeza de un dragón se manifestó entre la sangre, el metal y las rocas. La piedra, engastada en la frente, se había vuelto morada. El dragón escupió sobre Laila y ella sintió cómo su cuerpo se revitalizaba; pronto volvió a sentir los pistones de un corazón que, estaba segura, había muerto. Mezclas de metal y roca entraron por sus heridas, repararon su espinilla, su columna vertebral, y les regresaron la fuerza a sus extremidades. Incluso se deshicieron de aquella maldita cicatriz y volvía a tener la cara limpia, aunque con incrustaciones de acero y bronce. El aire entró soplado por un fuelle a sus pulmones, y las visiones de carne y almas que empezaban a desfilar frente a ella de pronto cesaron.

—Tú me trajiste de regreso —dijo la voz de la bestia, profunda y sin emociones —, y yo te devuelvo el favor, bruja Laila.

El dragón abrió la boca una vez más y lanzó un torrente de sangre sobre sus agresores. Los derritió como si hubiese sido fuego líquido. Los cuerpos deshechos se arrastraron hacia él, y Laila pudo ver cómo se reconstruían su columna y una parte de su pecho. El Éter sonreía. Uno de sus engendros caminaba por el mundo, y Laila sabía que ni todo el vapor de Úrim sería capaz de detenerlo. Debía comer, y sabía dónde encontrar a la mayoría de esos infelices.

—Bienvenido, Creador de Dragones, Señor del Ala y Fuego. Yo seré tu instrumento en el regreso de los Señores Dragones.





SOLDADOS DE JUGUETE

Mauro Rodrigo Barrón Romero

Lic. en Artes Cinematográficas y Audiovisuales UAA, 2° semestre

Camilla tocaba el piano con las puntas de porcelana de sus dedos mecánicos. La pieza seguía limpiamente y llenaba la habitación, dejando asombrada a la multitud aglomerada alrededor de ella, de la mujer sin manos que tocaba el piano, otra vez, gracias a la ingeniería moderna. Terminó la canción, se volvió de un solo movimiento para encarar a sus espectadores y ser recibida por un aplauso que la hizo sonrojar.

Habían pasado siete años desde la ocupación y que había perdido las manos, pero en todo ese tiempo, entre los arrestos, las desapariciones, las ejecuciones públicas y su milagrosa llegada a territorio aliado, ella se esforzaba por recordar el piano en que su madre le enseñó a tocar. Su niñez estuvo marcada por recitales y fiestas donde ella tocaba pieza tras pieza, era una prodigio, pero no lo hacía para impresionar, no lo hacía por los premios y reconocimientos, sino por su madre. El piano era sinónimo de su madre, cada vez que tocaba una pieza, sentía un cosquilleo en la nuca porque sentía su mirada, cálida y reconfortante, diciéndole a su inconsciente que todo iba a estar bien. Era el orgullo de su madre y para Camilla ella era su felicidad.

Entonces llegó la guerra con su paso destructivo e indetenible. Ella recordaba cuando tomaron su ciudad, cómo los soldados con máscaras de gas se abrían paso con lanzallamas, seguidos por enormes autómatas armados con metralletas y mangueras que expulsaban que-roseno; eran enormes soldados de juguete que marchaban junto con los pelotones de exterminio. Se hicieron piras ardientes para quemar parafernalia “subversiva”, que iba desde libros y pinturas hasta ídolos religiosos. Se realizaron cientos de arrestos y ejecuciones, filas de hombres arrodillados frente a la pared de la catedral de la ciudad. Algunos rezaban, otros lloraban, pero la mayoría miraba al frente y guardaba

un silencio firme antes de que las metralletas y el fuego los hicieran pedazos; lo que sobraba iba a la pira. Llevaron sillas, camas, mesas y muchos otros muebles para alimentar el fuego en la plaza, entre los cuales estaba su amado piano. Se hizo pedazos contra el suelo, soltando teclas de su boca una vez firme para convertirla en una mueca triste y deforme que ardió en llamas.

El ingeniero Geiger se inclinó ante la multitud, era un gesto más de un feriante que de un hombre de ciencia, pero Camilla sabía que él era ambos de corazón. Ella se puso guantes sobre sus manos mecánicas para cubrir los finos y pequeños engranajes dorados, se acercó al ingeniero y dejó que él le besara la mano enguantada.

Él la encontró en un hospital siete años antes. Los doctores trataron de salvarle la vida luego de que el tren en el que viajaba se estrellase justo después de pasar la frontera. Sus dos brazos quedaron comprimidos debajo del carro y, al sacarla, uno de ellos se arrancó de cuajo y el otro quedó malherido, al final también tuvo que ser amputado. Geiger la tomó bajo su tutela cuando se enteró de que no tenía a dónde ir, porque la madre se había perdido en el choque y la mayoría de los cadáveres estaban irreconocibles. Camilla le pareció hermosa aun en ese estado; había pasado hambre y frío, había sido testigo de actos inhumanos. Era como una muñeca rota y abandonada. Pero Geiger era un juguetero, o al menos así se veía a sí mismo y sabía que podía arreglarla, debía arreglarla.

Ella estaba profundamente traumatizada después del choque del tren: lo habían logrado, consiguieron pasajes falsos y pasaron el control fronterizo, eran libres. Ella estaba llorando sobre el regazo de su madre cuando el tren comenzó a avanzar; era una victoria amarga, lo perdieron todo y a todos, pero estaban vivas y juntas para empezar otra vez. Entonces la vida le jugó una última broma cruel. Cuando vio al ingeniero por primera vez, pensó que era alguna clase de pervertido que quería aprovecharse de ella, pero poco a poco se dio cuenta de que el hombre no tenía un hueso abusivo en su cuerpo, era la viva imagen de la filantropía, era un hombre educado y gentil que la trató como una hija.

En los años que pasaron juntos, ella se dio cuenta de que el ingeniero era un hombre humano, de los pocos que podían llamarse así en esa época, y un pionero en la ingeniería, su mayor orgullo y ver-

güenza. Él hizo los diseños para los primeros autómatas, pero no sabía que serían desarrollados para un programa militar; no había cosa de la que se arrepintiera más. Las noticias estaban llenas de metrajes de la batalla: pilas de cadáveres incinerados y cañones tratando de matar a los monstruos de los que Geiger había sido padre. Desde el estallido de la guerra, se había dedicado de lleno al desarrollo de extremidades prostéticas para veteranos y víctimas del holocausto; una mano lavaba a la otra, pero quizás no lo suficiente. Había noches en las que pensaba seriamente en el suicidio, pero luego encontró una razón para seguir: una muñeca rota a la que arreglar, la prueba definitiva de que podía reparar lo que había hecho.

Camilla pudo perdonarlo a su modo, lo vio desvivirse por encontrar la manera de ayudar a otras personas y tratar de vivir con la culpa. Su casa estaba llena de pequeñas máquinas para tareas cotidianas, todos pequeños utensilios con cadenas y engranajes que cumplían pequeñas funciones aquí y allá. Él le dio sus brazos y sus manos, tocaba el piano para ella y le prometió que un día iba a poder hacerlo como antes, que el juguetero podría arreglarlo.

La multitud de periodistas y curiosos seguía aplaudiendo al ingeniero, las manos de Camilla eran un avance enorme en la rehabilitación mecánica y de última generación: podía hacer tareas de extremo cuidado con toda exactitud; sus brazos eran algo torpes a comparación, pero Geiger le prometió que haría algo al respecto. La línea de Geiger tenía ojos, piernas, mandíbulas y muchos otros miembros mecánicos para víctimas del holocausto. Algunas de las piezas mecánicas tenían navajas suizas por dentro, otras, encendedores, plumas, lupas, pipas. Intentaba que sus máquinas fueran más una mejora que una mera reposición. Ese día el museo estaba a tope de exposiciones de avances científicos. Camilla dejó a Geiger con los periodistas para que disfrutara su éxito.

Caminó por el museo viendo a los muchos ingenieros, químicos y físicos presentar sus nuevas invenciones: revólveres de plasma, navajas con cargas eléctricas, sonares electromagnéticos, perros robot... Pero todas las entradas al futuro que representaban esas máquinas fueron opacadas por una misteriosa puerta al pasado que la miraba desde una sala solitaria al otro lado del museo. Dejó caer estupefacta su bolso por lo que estaba viendo. Conforme se acercaba a la sala, se comenzaba a formar un eco en el aire. Por lo visto era un lugar que pocas

veces se abría al público, con una puerta pequeña sin ninguna clase de marcador. Finalmente llegó a ésta e intentó tranquilizarse, era sólo una habitación enorme con una entrada pequeña, pero cuando vio lo que había adentro entendió por qué debía estar escondida: guardaba un recuerdo horrible que desearía que se hubiera quedado atrás, entre las llamas, los cadáveres, los libros calcinados y el horror de la destrucción que erradicó todo lo que ella alguna vez fue.

Era un autómatas. De niña estos le parecían monstruos gigantes y aún de adulta lo pensaba, medían poco más de cuatro metros, sus caras eran bocinas con un par de pupilas negras, en su espalda había un tanque inmenso con mangueras conectadas a él y en las muñecas llevaba metralletas enormes. Quizás despertaría. Entonces, las luces rojas se encenderían y se soltaría de las cadenas que lo suspendían sobre el suelo, y caería limpiamente. Las metralletas fácilmente le desharían las piernas, luego, mientras se esté arrastrando, le arrancaría los brazos mecánicos sin problemas y se los comería con una boca que jamás había estado ahí. Dentro de esa cosa no habría nada más que chispas y fuego. En ese momento, sus mangueras dispararían y una pequeña mecha haría que el queroseno se encendiera, bañándola en una lluvia infernal que la consumiría en el mismo piso de esa habitación olvidada.

Salió de su fantasía, estaba hiperventilando y perdió el equilibrio. Trató de ponerse de pie, pero sus brazos le fallaron, había algo mal con la interfaz neuronal. Finalmente, estos se rindieron por completo y cayó de rostro contra el piso, se dobló sintiendo un dolor fantasma en sus extremidades mecánicas. Se acostó boca arriba y vio que alrededor había otros soldados también, estaban en sus uniformes dentro de vitrinas, aún con sus máscaras de gas y con sus equipos de incineración a un lado. Era un cuarto de almacenamiento lleno de lo que seguramente sería parte de una próxima exposición de la guerra, el primer conflicto bélico global en el que se utilizó la inteligencia artificial como arma.

Camilla estaba llorando y quería gritar, estaba luchando para salir de ese cuarto cuando uno de sus brazos respondió violentamente, retorciéndose mientras realizaba todos los movimientos que intentó antes. Se levantó atolondrada, sus brazos bailaban con locura, los engranajes mecánicos se retorcieron hasta enderezarse nuevamente y entonces miró otra vez las vitrinas, estaba furiosa. Observó sus manos mecánicas y odió cómo funcionaban con ella, cómo eran parte de su

ser ahora y cómo dependía de ellas; se sentía como la pobre muñeca rota de la que hablaba Geiger, abusada y abandonada. Se acercó a las vitrinas y vio cara a cara a los soldados otra vez, los recuerdos comenzaron a correr a una velocidad impresionante dentro de su cabeza, iba y venía de su niñez durante la ocupación a la realidad rota en la que vivía ahora. Mientras entraba en un viaje de pesadilla dentro de sus recuerdos, su brazo se estiró y despedazó el cristal posicionando su mano sobre la laringe del desafortunado muñeco que llevaba el uniforme.

Ella estaba otra vez en la cocina de su casa de la infancia. Comía pan tostado con mermelada mientras escuchaba la radio y su madre leía, cuando la vecina, una mujer regordeta cuyo nombre no podía recordar, entró gritando: “¡Los mataron a todos!, ¡Evelyn, Helge y los niños están muertos!”.

Su cuerpo funcionaba rápida y fríamente como los mismos autómatas lo hicieron alguna vez. Le arrancó la cabeza al muñeco, ésta cayó al suelo junto con la máscara de gas, tomó el resto del cuerpo, lo levantó, lo lanzó, se estrelló contra el muro de la habitación y se hizo pedazos.

Estaba en su salón de escuela de nuevo. Los dirigentes militares los incitaban a seguir sus vidas con regularidad durante la ocupación. Mientras no tuvieran nada que esconder no debían preocuparse por nada, pero su maestra no llegó ese día, ni el siguiente, ni el día después. Corrieron voces entre los vecinos propagando la noticia: los militares habían ahorcado a cinco personas en el puente cerca del río. Camilla jamás volvió a ver a su maestra y a los dos días fue interrogada por exposición a ideas de carácter subversivo.

Partió un muñeco por la mitad sin esfuerzo, a otro lo sujetó por la cabeza y la estrelló contra la pared hasta que la máscara de gas quedó irreconocible. Uno de los muñecos tenía un sombrero de general y un par de gafas de aviador, le arrancó los brazos y lo golpeó con ellos hasta que lo hizo pedazos.

Ella estaba entre la multitud en su pueblo natal. El anciano panadero estaba de rodillas en la plaza, los militares le hablaban en alemán y él respondía en la misma lengua, estaba llorando y era obvio que el militar que lo interrogaba no estaba escuchando lo que quería. Gritó una y otra vez tanto a la multitud como al hombre, al final el interrogador se cansó y chasqueó los dedos. Nadie dijo nada hasta que el silencio se interrumpió por los pesados y torpes pasos del autómata,

las personas gritaron y trataron de acercarse, pero los lanzallamas les cortaron el paso. El panadero quiso escapar, pero el militar, un general con gafas de aviador, lo apuñaló en la espalda. El hombre cayó al suelo y el autómeta se acercó hasta él, y cuando lo tuvo lo suficientemente cerca, le dio un pisotón con su enorme pie mecánico en el estómago, causándole gran dolor. El hombre se retorció inútilmente tratando de escapar, era un animal en peligro, pero era demasiado tarde, la manguera liberó un chorro de queroseno que ahogó sus gritos y después se encendió la chispa.

Camilla buscaba erráticamente en las paredes hasta que encontró lo que quería, la manija cedió fácilmente a sus brazos y soltó al autómeta letal sobre el suelo; era como una enorme marioneta sin hilos. Se lanzó sobre la máquina y trató de despedazarla igual que a los muñecos, pero los autómetas eran armas de guerra. Estrelló sus puños una y otra vez sobre el casco de la máquina y apenas logró hacer que se deformara levemente, en cambio, la porcelana de sus dedos se hizo pedazos y sus engranajes se torcían, haciendo que los dedos se levantaran en movimientos erráticos. Pero eso no importaba, ella golpeó una y otra vez la máquina fría e indiferente hasta que sus manos quedaron sin forma, estaba gritando y raspando sus muñones sobre el autómeta.

Los guardias de seguridad entraron rápidamente y trataron de llevársela, pero los movimientos de sus brazos los lanzaban al otro lado del cuarto. Tuvieron que llamar a un refuerzo, un robot extremadamente robusto, con la forma de un oficial de policía, entró en la habitación. Camilla estaba llorando mientras el robot la levantaba y recibía los golpes feroces de sus extremidades.

Sus recuerdos la llevaron al tren. Estaba sobre el regazo de su madre, ella tocaba su cabello suavemente, pero Camilla estaba agitada y necesitaba gritar, advertirle de lo que iba a pasar, forcejeaba, pero ella no la soltaba y por Dios que no la iba a dejar ir: “Estamos juntas, estamos vivas, todo va a estar bien”. Estrujaba a su madre con unas manos que ya no existían, mientras ella estaba tarareando, igual que cuando Camilla tocaba en casa la *Rêverie* de Debussy. Estaba sofocándola, debía salir, tenía que advertirle.

El policía mecánico la llevó hasta el portal de la habitación, ella forcejeaba frenética y golpeaba su cabeza contra la cara metálica y dura del oficial.

Sentía las vías torciéndose, las luces parpadeaban y las personas gritaban, su madre apretaba más fuerte.

Se comenzó a escuchar un crujido en su espalda, sus brazos se movían como las alas de un pájaro intentando escapar de una jaula. Geiger se acercaba rápidamente gritando en sueco, pero era demasiado tarde. Los brazos de Camilla se movieron tan atrás como pudieron, el policía mecánico la sujetó de los muñones tratando de retenerla y tiró.

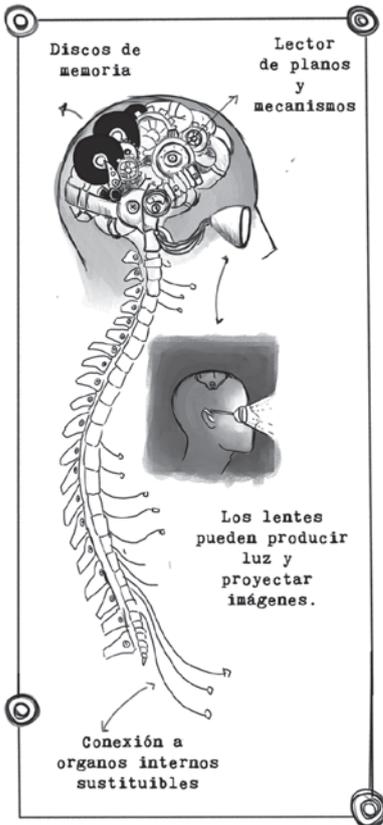
El tren se descarriló y cayó por la pendiente. Nieve, gritos, el piano, mamá.

Los brazos mecánicos amputados de Camilla estaban en las manos del oficial, y el enlace neuronal de su nuca estalló con una chispa antes de que ella cayera al piso con un golpe sordo. Geiger cayó de rodillas junto con ella y la tomó en sus brazos. Le revisó el pulso y le dio palmadas en el rostro, comenzó a abrazarla y, mientras los policías llamaban a una ambulancia, él se acurrucó con Camilla y entre sollozos le dijo:

—Puedo arreglarlo, te prometo que puedo arreglarlo.

¿Qué es un Relojero?

muy breve resumen



"Ellyllum", además de contener las almas que no pertenecen ni al cielo ni al infierno, también sirve como centro de producción para las distintas "Tierras".

Para tener un control sobre el tiempo de cada alma en la "Tierra de los vivos" se requiere forjar un reloj único por cada alma.

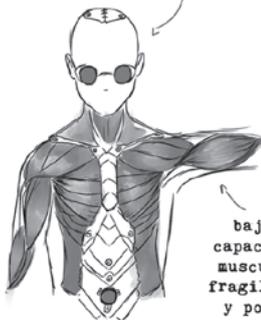
La producción, almacenamiento y destrucción de estos relojes queda en manos de los "relojeros", criaturas de alta capacidad mental cuyo mecanismo interno les permite procesar planos y patrones de manera inmediata y eficiente. Algunos de ellos son capaces de modificar y, los más evolucionados, de crear cualquier máquina (inclusive armas y vehículos). De ahí que sean de tanta utilidad en un mundo como "Ellyllum".

Por lo general, se escoge solo a las almas de quienes hayan sido mecánicos en vida.

Sin embargo, a veces la fábrica no se da abasto y tiene que recurrir a otras almas, por lo que existen dos maneras de convertirse en relojero al morir:

1. Haber sido mecánico en vida
 2. Haber cometido un pecado mayor, pero tener un intelecto superior a la media.
- Y morir justo en el momento de la apertura de vacante en la fábrica.

Acceso
a discos
de memoria



baja
capacidad
muscular
fragilidad
y poca
fuerza

Disco de
memoria particular
en cada mano.
Posibilidad de copiar
patrones y
mecanismos
al haberlos
ensamblado
unasola vez.



Los primeros pertenecen a la "clase uno" y pueden salir de la fábrica, poseer propiedades, recibir un sueldo por su trabajo y elegir su oficio después de cumplir 5 años de servicio como relojero.

Los relojeros de "clase dos", por otro lado, son esclavos de la fábrica, no pueden salir y viven en celdas. Para distinguirlos de los "clase uno" se les corta la lengua (única diferencia relevante entre la clase uno, y la dos)

Aunque pudiera pensarse que hay muchos relojeros, son más bien escasos, la mayoría cumple su sentencia en Ellyllum muy pronto, otros abandonan la fábrica apenas cumplido su tiempo de servicio. Abundan más los "clase dos", pero éstos son más vulnerables a los accidentes de fábrica debido a su poca experiencia y a la carga tan pesada de trabajo a la que se les somete, por lo que su población también se ve reducida drásticamente.

¿Qué es un Comecorazones?

muy breve resumen

Un "comecorazones" es un ser mágico que, a cambio de un corazón, puede concederte un deseo o realizar alguna tarea que le encomiendes.

Los comecorazones tienen una gran variedad de habilidades y poderes dependiendo de "qué" y "cuánto" coman. El corazón que le ofrezcas de pago, puede ser tuyo o de alguien que te lo haya regalado.

La cantidad de poder que éste le brinde será proporcional a la intensidad del deseo y la calidad emocional del portador.



Estómago con contenedores extra para almacenar energía

Procesador de cárnico a energía

Máscara de material semi flexible unido a los músculos faciales

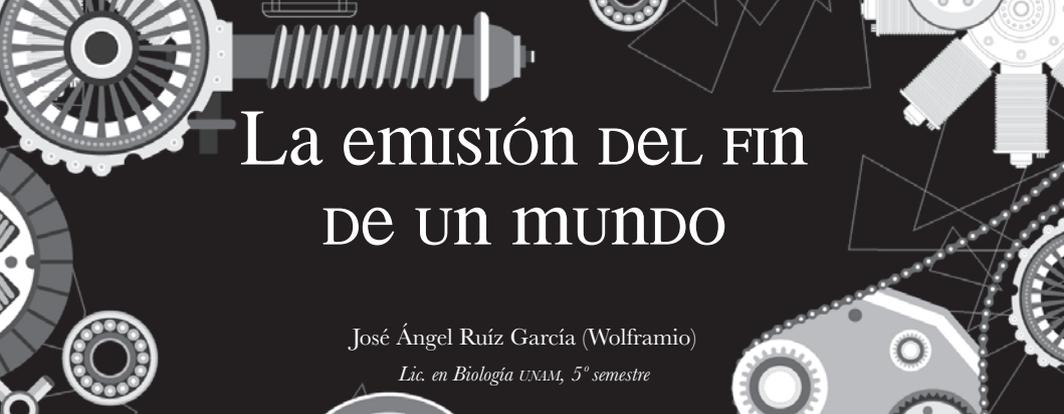


Vista interna de el rostro sin máscara



Huesos flexibles

Para saber más, lea los cómics de "El Hertzzeater"



La emisión DEL FIN DE UN MUNDO

José Ángel Ruíz García (Wolframio)

Lic. en Biología UNAM, 5° semestre

Buen despertad, buena jornada, buen sueño tengan ustedes, radioescuchas, o “buenas madrugadas” como dirían los jóvenes. Creo que dicen eso. Pregúntenles a sus hijos y escríbanos. Aquí Trave en una emisión de su programa “Volando entre las estrellas”, hoy es 20 de julio del 2937. Si usted está escuchando un episodio subido a la Red Alpha, le recomendamos que pase a escucharnos en el canal 38LF116, el cual fue hecho sólo para las 16 horas de nuestro programa, más 4 horas de anuncios sobre vehículos-bala de nuestro patrocinador; recuerde comprar su nave en Hjbolt, la empresa que lo lleva de un sistema a otro en menos de una rotación. Por suerte para su servidor esas 16 horas son principales de música: las canciones que usted necesita escuchar cuando lo desee. Y hablando de eso, Héctor, dale con la primera mezcla. Ésta fue diseñada con base en los gustos de nuestros radioescuchas en línea, estoy seguro de que la disfrutarán.

Como saben, ya va casi una semana sin que tengamos un evento especial. ¿Por qué pasa eso? Escapa de mí ese conocimiento, pero cambiará desde esta emisión. Lo sé, gente, todos hemos estado de muy malos humores por la falta de planetas hechos trizas. Por ello, estoy feliz de anunciarles que me fue dado el cronograma de todos los eventos que ya tenemos asegurados para la próxima temporada. Todo es secreto, por supuesto, así que sólo les puedo adelantar que hay por lo menos 453 razones para estar emocionados, en especial cuando una de ellas resulta ser un planeta gaseoso. La información surgió en buen tiempo porque faltaba muy poco para que la cadena me pidiera de vuelta la antena. No están para saberlo, ni yo para contarlos, pero tener una antena con la capacidad de transmitir a todo el sector 2 no es en lo absoluto barato. Me parece que con eso ya cubro la entrada, así que escuchemos un poco de la banda Contraseña con una de sus canciones más populares: ¡*Dominio!*

¿Pueden creer que este año Contraseña cumplió veinte años? El tiempo, gente, el tiempo, ya saben cómo le gusta comportarse. Pasemos a las felicitaciones. ¡Caray! Parece que hoy hay muy pocos cumpleaños. Horacio Jaliz cumple 39 años; Dana Salit, 52; Elatli Walver, 26; Ralael Tamudio, 33; Laura Kamis, 24; Emma Rivosa, 50; Yajbet Ulsar, 40; Fader Gales, 51; Miyasaki Suzuki, 34; y Desiderio Corona, 63. Les envío un abrazo a todos ustedes, felicitaciones y gracias por compartir un momento tan especial con todos nosotros. Cumplan muchos más hasta que dejen de quererlo. Pues sí que tenemos a muy pocos que nacieron en este mes. Cosa muy distinta es en noviembre, todo el mes tengo que pedirle a producción que termine porque yo a la mitad me quedo sin aliento. En fin, quién soy yo para decidir lo que la gente hace el 14 de febrero. Sigamos. Héctor, por favor la música para todos ellos.

¿Saben? Hace poco una amiga mía cumplió años. Bueno, si hubiera vivido tanto como yo. Ay, lo lamento, creo que el sentimiento está por ganarme. Les contaré un poco, cómo no. Ella tuvo una sola vida y vaya que la aprovechó mucho mejor de lo que yo lo he hecho con todo este tiempo extra que me otorgó la cadena. He pensado mucho en ella últimamente, pues siempre la vuelvo a ver cuando duermo. Mi peor pesadilla es abandonarla mientras está sufriendo una tragedia, me atormenta la idea de cometer tal acto repulsivo. Eso ya no pasará y creo que es el único consuelo que tengo desde que se marchó. Pienso en esto porque una escucha nos envió una carta que me ha revuelto los pedazos que me quedan del corazón. Esta es “La carta del día”. Envíen la suya al correo VolandoEstrellas@will.Sec2.tid. Ahora, leamos esta carta todos juntos:

Hola, señor Trave, le mando un gran saludo a usted y a todo el equipo de técnicos que hacen posible todas sus transmisiones. Son muy conocidos en el pueblo en el que vivo, ya que su canal es el más estable de todas las señales que nos llegan, además de que nuestro planeta Hainanensis tiene un día local de 16 horas, así que básicamente lo podemos escuchar todo nuestro día. De hecho, mi familia lo sigue desde hace ya varias generaciones. Mi bisabuelo Daniel fue de la primera generación en escucharlos y nos contaba que gracias a usted viajó más de lo que alguna vez hubiera imaginado. No sólo conoció más allá de su pueblo, sino de todo nuestro planeta para reunirse con los astros y hallar la

belleza de su último fulgor gracias a sus palabras. Cuando su hora se aproximaba, reunió a toda la familia y nos dijo “antes de haber conocido al señor Trave hubiera dicho que me marcharía allá donde uno deja de ser, pero ahora me doy cuenta de que por mucho, mucho tiempo, habrá algo, pues me reuniré con nuestra tierra y en millones de años regresaré al espacio exterior donde, tras otros millones, mi materia conformará alguna otra cosa”. Yo sé que su programa ha sido criticado por la tragedia que le dio origen, no obstante, quiero decirle que yo, Fairy Rajol, y a nombre de todo nuestro pueblo Ysol, valoramos mucho su trabajo, pues gracias a él sentimos que ninguna frontera nos separa del resto del universo.

Perdonen por la pausa tan larga, me conmovieron mucho las palabras de nuestra escucha Fairy. Te lo agradezco mucho, es por gente como tú que seguimos aquí. Saludos a todos los habitantes de Ysol, no sé qué decirles. Muchos podrían creer que vivimos en la época sin límites, en la cual el ser humano ha alcanzado su mayor plenitud, aunque, si nos comparáramos con las épocas pasadas podríamos comprobar que así es, todavía nos quedan muchas barreras por derribar y comienzo a sospechar que siempre las habrá. En cuanto al incidente, quizá los escuchas más nuevos no sepan de él, por lo que quiero que lo escuchen de mi propia voz. Fue una tragedia en la que se perdieron millones de vidas, a la que muchos titulares le llamaron “Emisión 11”, porque un jovencito transmitió todo el viaje que hizo con su familia para presenciar la explosión de un satélite en la Red 6, y en la emisión número 11 se desató el horror y dejó un registro de todo lo que pasó. Los gobiernos de los tres sectores se unieron para prohibir el turismo apocalíptico, y surgieron programas como estos para que la gente pudiera ver la destrucción desde la seguridad de sus hogares. Desde el inicio, muchos nos dicen que promovemos aquellos deseos prohibidos porque despertamos en la gente su pulsión de la muerte, no obstante, mucha gente ha argumentado en contra de ello. No me quiero detener mucho más porque tampoco me lo permite el tiempo, así que diré rápidamente en mi defensa, que no es ninguna opinión porque es de hecho totalmente comprobable: desde que está mi programa, los intentos de la gente para presenciar la destrucción de planetas se redujeron enormemente. No diré más, porque al final sólo soy un viejo de 171 años que se aferra

al trabajo que literalmente le da vida y que en algún momento dejará de dársela, porque sabe que el público se reduce año con año, lo cual es comprensible: si el mundo envejeciera con uno, significaría que no sería sólo mi carne la que esté pronta a caer en la descomposición. Vamos a una pausa.

Es tiempo de las dedicatorias. Ya lo saben: si pagan una módica cantidad pueden dedicar alguna canción en esta sección. Sus donativos serán siempre bien recibidos. Mi consejo como galán retirado es que nunca abandonen las palabras sinceras para demostrar el afecto que le tienen a las personas que más les importan. Bueno, la primera es para Xavier Cohen por parte de uno de sus alumnos, Arturo Hernández, con el mensaje: “Le agradezco todo lo que me ha enseñado”. Escuchemos todos *A quien quiero enorgullecer* de Claudio Smith.

La otra canción viene dada por Taril Escutia a su novia Berenice. Para ti, Berenice, *Contigo* de la banda Erráticos sin causa.

Sin perder el ritmo, Raúl Sempere comparte con nosotros su primer aniversario de casados con su poeta personal, Izu. *El calor que me evocas* de esta banda tan popular, Los mejores momentos.

Ya para cerrar la primera tanda de todos los que donaron para esta emisión, Nalin quiere que su mamá, Emma, después de haber pasado por una delicada cirugía, acompañe su cumpleaños número 60 con su canción favorita. Todos aquí en el programa te deseamos una pronta recuperación, Emma. Cabina, por favor pongan *Las montañas que debemos cruzar* de mi querida amiga, la cantante Gabriela Sugawara.

De acuerdo a la programación, debía de seguir con las cartas breves; sin embargo, nuestro capitán Sebuio me informó que estamos a unos minutos de llegar a nuestro destino, por lo que decidí ocupar este tiempo para hacer un anuncio especial. No se preocupe la gente que envió las cartas, las leeremos más adelante en el programa. Esto va a ser sumamente rápido, lo cual era justo lo que quería. Un día como hoy, pero de hace 150 años, entré a dirigir este programa. Así es, gente, acabo de hacer especial esta emisión. No deseaba ninguna celebración, de hecho, pensaba decirlo hasta el final, pero ya les he dicho cómo son mis jefes. No sé qué es mejor, si decir que no he sentido el paso de todos estos años o que gracias a este trabajo los he sentido con una visión que muy poca gente ha experimentado. He viajado en esta nave casi 140 años, porque recuerden que también tomo mis vacaciones. Este

tiempo en que he tenido la vida de un típico explorador de los astros me ha hecho quien soy: un viejo que niega la existencia de aquello que llamamos “perpetuidad”. Cuando la estación me ofreció un pasaporte de vida a cambio de seguir trabajando hasta mis 190 años, lo acepté sin dudar, porque amaba lo que hacía. Aún lo amo. Aunque con una frecuencia cada vez mayor, me encuentro viendo a un punto fijo, tal vez un planeta. Pienso en lo que debe ser vivir en él, si es posible, y tener una casa separada de un asentamiento para no escuchar el ruido que provocan, pero a la vez lo suficientemente cerca para que me consideren un miembro de esa pequeña sociedad y sea conocido como “ese viejo que viene al pueblo algunas veces”. Me imagino cansado y contemplando la oscuridad que ya no nos atraparé más y probándoselo al universo yendo a visitar un fin de semana a algún amigo en un planeta de un sistema vecino. Espero que la audiencia más joven sea paciente con los pensamientos de este anciano. Supongo que ustedes están haciendo mucho más que sólo escucharme, deben estar viviendo o luchando con la esperanza de algún día hacerlo. Sí, creo que mi vida era así antes de abordar esta nave para vivir mi brillante sueño, al que le tomó tantos años para empezar a ponerse sepia. Debe ser la edad, todos saben que nosotros los viejos vivimos en el país del color café. El café está emparentado con lo sepia, ¿no es así? Ah, la verdad es que no tengo idea. A pesar de todo, sigo sin tener la menor idea. En fin, hemos llegado.

Ustedes conocen la rutina mejor que yo. Primero los datos. Es el planeta UG6D. El equipo desplegó las 6 cámaras, así que esperamos a que se posicionen, mientras estamos preparando el misil donado por el reino Foraminieraf. Este planeta fue explotado por sus reservas de carbón y de agua por la compañía Aqcualaxy, quienes nos lo donaron, porque el señor Maurikio Ulsar es un gran fanático de este programa, ¡muchas gracias! Ya está listo. Sus dispositivos deberían mostrarles lo que ven las cámaras. Pónganse cómodos. Esperamos que todos los trabajadores del planeta lo hayan abandonado, pero ya saben lo que decimos en la radio: eso no se escucha.

¿Por qué hay quienes que amamos la destrucción? Porque somos conscientes de la belleza de la decadencia. Sólo aquello que vivió con intensidad experimentará un verdadero deceso, cuando se está en una agonía constante el ocaso suele ser un consuelo. Hoy le arrebatamos esto al cosmos, pues nosotros somos los ángeles de la muerte...



NAVES DE
ATAQUE MÁS ALLÁ
DE ORION.

INTELIGENCIAS
ARTIFICIALES
AGRADECIENDOME
POR ESFUMAR SU
SOLEDAD

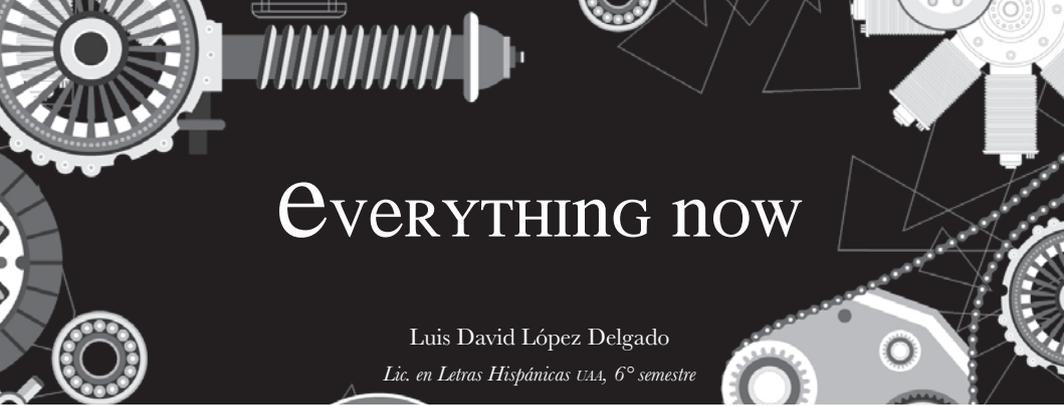
TODOS ESOS
MOMENTOS
SE PERDERIAN
EN EL TIEMPO,

...COMO LAGRIMAS
EVAPORANDAS.
SI NO FUERA
POR MI

Y MI MAQUINA
DEL TIEMPO.

Mr. Pulp presenta:





EVERYTHING NOW

Luis David López Delgado

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre

Siempre he querido ser creador; creador de la destrucción por un mundo mejor: un mundo nuevo. Eso me decía caminando hacia el consultorio del doc. Al sentarme frente a él para la sesión terapéutica, el doc me preguntó cuáles eran mis flores favoritas y respondí que las de la ponzoña. A partir de aquella responsiva, esa mañana quise sustraer toda la ponzoña de Gaia para asfixiarme con caricias en ella. El doc no supo qué decir.

Yo estaba en depresión según el doc. Él, que a veces se le da por ser científico, me recomendó que la mejor manera de combatir esa depresión tan profunda con la que andaba por el mundo (el terráqueo le digo yo) era construir una máquina. Dijo él que eso me ayudaría.

—¿Una máquina, doc? —le pregunté medio ahogándome con el café que siempre me da en las terapias. Yo le pongo un tanto de vodka y de repente se me olvida mi tristeza, entonces me burlo hacia mis adentros y “¿Una máquina, doc?”. El doc contestó que crear máquinas nos ayudaba, a nosotros los humanos, a superar nuestras inferioridades, nuestras depresiones.

—¡Qué amable, mire qué listo doc! —le contesté simpático y no le cuestioné más. Recordé aquellas máquinas que mantienen a mi familia tan normal, tan tranquila, tan ajena a mí y a mi tristeza. Ellos depuran las suyas en esas máquinas: mi madre al pendiente de la televisión y su vómito de imágenes, la que encantaba a mi hermano cuando éramos niños y que cambió por una interactiva, la consola Xbox. En cambio, yo preferí el papel y me puse a leer como desquiciado, incluso desde antes de que mi hermano fuera fiel seguidor de la tele. Como mi madre ahora, que la tiene frente a ella todo el día, depurando sus tristezas en las historias que dramatizan. Las mismas historias que mi hermano dirige desde un control y que yo leo.

—¿De esa clase de máquinas, doc? —pensé para mí mientras que el buen doc solamente seguía asintiendo. Desde hace unos minutos, mientras que yo pensaba en esas máquinas depuradoras de mi familia, él me explicaba que una cosa es ser controlado por una máquina y que otra es crearla; la primera es para los imbéciles, dijo el doc, y la segunda, para los genios. Después concluyó que los genios se miden en la grandeza de sus máquinas.

El doc me comentó que antes de construir una máquina había que encontrar la razón de mis tristezas. Ese doc siempre ha sido un hombre ocurrente.

—Pues si yo nací triste —le dije para después tomarle a la taza y pensar, sin decir nada y sin despegarme de ella, por miedo a ver la imagen que evocó su rostro después de mi idiotez previamente dicha. En todo caso y para no sumirnos al doc y a mí en una atmósfera existencial, callé. Aquellas crisis existenciales que creaban entornos que sólo desaparecían con depuradores. Si bien mi depurador, la literatura, gozaba de muchas cualidades como las máquinas depuradoras de mi hermano o mi madre, como la exposición de historias; creo que la literatura es diferente, es un arma de doble filo con efectos contraproducentes. Mi hermano y mi madre, por ejemplo, viven extasiados con historias que encuentran en sus respectivas máquinas, yo, en cambio, entre más historias me ofrece la literatura, más quiero, más me azota la tristeza y no sé qué hacer ni tampoco sé por qué. Crear literatura no es lo mismo que leerla, son efectos distintos y, aunque ambos hechos son en serio diferentes, la verdad es que ambas son un arma.

Un arma poderosa.

—La literatura, doc, eso me tiene de la chingada. Ya vio que no es dioquis el vodka que le echo al café que me da, puro estrago para dejar de pensar tanto.

—Ya hemos hablado de tus adicciones, Regino, por favor —dijo bien acá. Doc, jijo de su pinche madre, tan ajeno a mí siempre, como mi familia. Continuó diciendo que quería saber de mi tristeza, y ahora quise culpar al tiempo y su manía de jamás querer detenerse. Siempre pienso que el futuro tiene cosas desastrosas en él y que el tiempo nunca se detiene. De verdad parece que le urge llegar a ese futuro. Después supe que sólo la literatura —de hecho, creo que todo el arte— tiene el poder de detenerlo, porque creo que el arte lo puede todo. Fue justo ahí que el doc se puso insistente en querer construir un paliativo menos dañino que las drogas para mi tristeza y me recomendó construir una máquina.

El vodka en el café mientras hablaba con el doc comenzó a merodear por mi sangre y recordé mi tristeza, mi verdadera tristeza: la humanidad.

La humanidad cogiéndose el cuerpo del amor de mi vida: Gaia.

Me enamoré de Gaia como las personas se enamoran de otras. Y, aunque ahora sé que Gaia no es un humano tangible, me enamoré de ella precisamente porque no sabía que se le podía mirar como a una persona. Lo supe gracias a la literatura, un documental y un amigo de la infancia al que le entusiasmaba la mitología griega. Cuando le conté que quería poseer la naturaleza del mundo y que necesitaba ser polvo para fecundar la tierra, ese amigo, cuyo nombre ignoro, me explicó el poder del mito, me contó acerca de Gaia:

—Los griegos le dieron una explicación al mundo y a su naturaleza, a casi todas las cosas, por medio de deidades. Sí, todo aquello intangible, grande y misterioso que nos rodea y que vive en nosotros se puede imaginar como una entidad poderosa, materializada, de vez en cuando como humanos, para convivir como nosotros sus adoradores.

Después de lo que me dijo no pude sostener recuerdo alguno de aquella adolescencia alcoholizada y empastillada, pues comencé a leer los mitos para reafirmar todo aquello que me contó. Entonces supe que los campos con sus árboles, animales y todas esas maravillas en las que pensaba cuando me masturbaba, eran accesorios del cuerpo de la titánica diosa Gaia.

Gaia, Gaia, Gaia, decirlo me da paz.

Cuando Gaia yacía en mi cabeza, como una entidad tangible materializándose en el terráqueo, me dio esta tristeza que traigo, yo creo por celoso. No puedo concebir a la raza humana entera abusando violentamente del amor de mi vida, y el hecho de no poder hacer nada me tiene leyendo sin encontrar respuestas. Mis amigos, los pocos que tengo —que me buscan porque me robo las benzas de mi abuelo para posteriormente repartirlas entre nosotros—, me decían que mi depresión, de la que dice el doc, era por falta de sexo, y yo me sorprendía y les gritaba que no, que no, que no, que el sexo es malo. Y es que no puedo creer que el sexo, ese acto sucio de dolor, podía gustarle tanto a todos. Siempre que me restregaban mi tristeza por falta de sexo, recordaba el día que la vida me lo presentó brutalmente a los ocho años:

La noche, como un caudal tan quieto, tan sereno que parecía un espejo. Y de pronto un estallido, un chillido en la planta baja de la

casa, provenía del cuarto de mis papás, y el bullicio crecía hasta que en esos aullidos exasperados reconocí la voz de mi mamá que gritaba “todo ahora, todo ahora”, y entre ellos el grito ahogado de mi padre complaciendo su orden que me llevó a imaginar que le estaba haciendo daño. Bajé las escaleras corriendo y abrí la puerta.

Lloré toda la noche pensando que había nacido mutante como mi padre, con un arma torturadora y castigadora entre las piernas. Al día siguiente, mis padres, al sospechar mi presencia en la habitación la noche anterior, al no poder sacarme información siquiera de que estuve ahí, me dijeron que, visto o no visto, escuchado o no escuchado, el tiempo, ese enemigo mortal por cruel al no querer frenarse, me iba a mostrar que el sexo es un acto de amor y no de odio. Yo no entendí nada en ese momento, no comprendí la palabra *sexo* hasta años después, cuando me di cuenta de que es una máquina humana extraordinaria cuando se dedica a satisfacer todos los engranajes, pero cuando se impone para complacer sólo algunos, es un averno. También me di cuenta de que el sexo era la máquina que depuraba a mi papá; la de mi madre, la televisión que le compró mi padre meses después del incidente nocturno y que obligó a mi padre a buscar a alguien más que quisiera ser un engranaje funcional para su máquina sexo-erótica.

Me hice una promesa. Primeramente, jamás me cogería a Gaia, e incluso iba a regresarle su castidad, le devolvería su plenitud, aquella que el humano se ha dedicado a masacrar cogiéndosela. Qué acto sexual más repulsivo. Después pensaría en destruir a la humanidad, a ese virus corrosivo que carcome las paredes uterinas de Gaia. Los destruiría con lo que más les gusta: el sexo. Sólo me falta saber de qué manera podría hacer algo tan demencial y, sólo así, regresar a Gaia su espíritu incorrupto. Actuaría como aquella fuente cerca de Argos en donde Hera se bañaba en sus aguas para volver a ser mito, renovando su virginidad.

—Doc, ya sé qué tipo de máquina construiré —le grité entusiasmado con un eructo de vodka *latte*.

Salí del consultorio tambaleándome y de ese modo llegué directo hasta mi cuarto, en busca de al menos una benza para echar manos a la obra a esa máquina que el doc me aconsejó construir. Sí, a esa que desde ahora quiero denominar máquina-literaria-de-vapor para destruir a la humanidad y darle, con ese acto de amor, *todo ahora* a Gaia. El nombre de la máquina: *Everything now*.

Everything now

Esta es una ciudad sin nombre, en realidad, lo único que tiene nombre es la natura: Gaia. Es una ciudad que utilizó el vapor como sustento sin saber que sería su propio exterminio.

Una ciudad que he decidido utilizar como la estructura de la máquina.

Ese día al despertar, Ana y Ano, antes de que alguno dijera cosa alguna, supieron, con este nuevo amanecer, que no estaban solos. Solos con Gaia.

Fue ahí que se dieron cuenta de que eran parte de una máquina, y que estas hojas son el latón por donde pasa el vapor que hace funcionar esta máquina que me gusta denominar cuento. Ya saben que ellos son el vapor y yo el creador y destructor de esta máquina que va a funcionar como un dildo purificador para Gaia.

Ana admiraba mucho a Ano. Sólo se demostraban su amor con besos porque Ana también quería ser Ano. Ana admiraba mucho a Ano, pero sobre todo admiraba su pene. Ana quería uno y deses- perada le pedía el suyo a Ano.

Con el deseo de Ana busco comenzar a embonar, poco a poco, los engranajes de esta máquina.

Ana y Ano, con la frustración de Ana bajo el brazo, salieron a admirar el paisaje de latón y todo ese vapor que cubría el ambiente. Las máquinas doradas emulaban con sus engranes diversas dosis de nostalgia y sorpresa.

El lugar necesita ser steampunk por dos razones: la primera, dotarme de mucha materia prima para esta máquina; y la segunda, hacer a la máquina bella otra vez. Recuerdo que entre los muchos videojuegos que reproducía el Xbox de mi hermano había uno que llamaba especialmente mi atención. No recuerdo su nombre, jugaba mucho, pero éste hablaba de amor y de máquinas turbo estéticas de

vapor, doradas y de fluidos y pieles. “Definitivamente era un videojuego steampunk-porno-afectivo-amoroso-trascendental” me dije y jamás pensé que las máquinas podían ser así de bellas.

Ana y Ano fueron la cabeza de este motor que comenzó poco a poco a funcionar. Ano decidió crearle a Ana un falo de metales cobrizos con pequeños engranajes que lo alargaron o lo acortaron, lo ensancharon o lo estrecharon. La sometió a una cirugía y Ana, con asco por sentirse deforme con una verga de metal, dijo decidida que ahora era Ano, y Ano se construyó otro falo igual al de Ano —antes Ana— que sustituyó por el suyo biológico como un acto de equidad anatómica. Comenzaron a ser tendencia aquellos cuerpos con máquinas incrustadas. Tendencia comenzaron a ser todos esos fierros dorados, cobrizos, esos mismos que tapizaban las calles y edificios, esos metales tan distintos a la maquinaria que funcionaba con electricidad y petróleo de otras ciudades.

¡El vapor que las movía y lo estéticas que eran las máquinas aquí! Qué hermosas siluetas cobrizas y cómo lucían entremezcladas con la piel humana, siempre esplendorosa satisfaciendo las necesidades corpóreas del hombre. Y es que el hombre solamente necesita un pretexto para destruir y acaparar todo lo valioso.

Las personas de otras ciudades abandonaron su hogar y emigraron a esta ciudad sin nombre y con mucho latón y vapor, en donde reemplazaron partes de su cuerpo que no les agradaban y las intercambiaron por otras motorizadas que los dos Ano colocaron con cirugía. Y comenzaron a hacer grandes riquezas con todos esos extranjeros que venían por un culo más redondo que se moviera con parsimonia gracias a su engranaje, o unas tetas inmensas que crecían o se encogían según la funcionalidad del hospedero. Y es que cualquier parte del cuerpo podía ser sustituida por alguna otra parte mecánica.

En este punto, la máquina ha comenzado a funcionar formidablemente. Está constituyendo sus partes correctamente. Gaia, te voy a sacar toda esa bazofia de encima.

Los Ano, y en general ningún humano, saben el costo de la ambición. Las máquinas, al menos las que funcionan con vapor, tienden a buscarse, a unir su respectivo engranaje para funcionar, para fortalecerse, para hacerse más grandes. ¡Qué parecida la máquina al humano! Seguro por eso se ven tan bien mezclados. La máquina siempre busca poder, como su creador. Las máquinas tienden a buscarse porque en su naturaleza está la función y en su función la necesidad de unirse, para hacerse una. No muy distinto como los humanos con el sexo.

¿Y si las fusionamos para engendrar destrucción con placer? ¿Como un acto de amor para la humanidad y para Gaia? Recuerdo cuando el doc me preguntó que de qué manera quería morirme. Le respondí que de un orgasmo, y precisamente ese es el antibiótico que erradicará a cada hombre sobre el terráqueo, sobre el cuerpo de mi bella Gaia, una muerte afín a la que a mí me gustaría tener. Terencio y su sentencia siguen en mí: *Homo sum, humani nihil a me alienum puto*. “Humano soy, por lo tanto, nada de lo humano me es ajeno”.

Nadie recuerda el tamaño del falo, del dildo o de la bala que simulaba esta caprotada de humanos y máquinas y que sobresalía un poco de la atmósfera. Seguramente, porque no había humano racional sobre la faz del terráqueo que no estuviera anclado a la estructura que se irguió sobre la ciudad sin nombre de donde provienen nuestros empresarios y cabeza de motor de esta máquina: los Ano. Lo que seguramente recordarán es el bullicio de gemidos que daba vueltas una y otra vez. Ese griterío paseado por el viento por el cuerpo de Gaia, que provenía de esa escultura fálica que pronto despegaría lejos de cada centímetro cúbico de Gaia, mi amor, mi princesa.

Todos en esa estructura disfrutaban de un repetido orgasmo secuencial y múltiple. El cobre sobre la piel hace de los orgasmos algo perdurable.

Esto es un texto de vapor o una máquina textual. Soy yo, Regino Valencia, creador de la máquina que le retornará a Gaia sus placeres exterminando, con sexo, al humano-bacteria.

¿Y yo, doc? El Revólver que lanza, ahora mismo, la bala de orgía humana al espacio. Mientras la bala despega disparada sabía que le estaba dando, tanto a Gaia como al humano, todo ahora. Todo ahora.

¡PUM!

Ya no pude volver a ver al doc, pero le he enviado un pequeño mensaje:

“Doc, creo que la máquina que me ha aconsejado construir ha rendido frutos. No se me ha ido la tristeza, pero estoy seguro de que entre más máquinas vaya creando, encontraré la correcta que ‘erradique mi depresión’. No pregunte, no se la voy a mostrar ni le diré de qué va ésta, mi primera máquina, sólo sé que ha sabido ser un buen paliativo cada que acudo a ella.

”Ya sabe que soy débil y mucho más cuando estoy pedo. Le anexo la máquina en la siguiente hoja.

”Posdata. Es aquí, en mi máquina híbrida de humano y latón, entre creador y creación, entre amor y beatitud, el poder. El humano tan sexual, la máquina perpetua: un placer prolongado. ¿Y yo? Un triste drogadicto constructor y destructor. Soñador y lector”.



—¿La finalidad de la máquina que voy a hacer, aparte de curar, dice usted, mi depresión? Mire, doc, son varias —y comencé a enumerarlas con los dedos de mi mano— la fertilidad, la virginidad y la purificación de Gaia; darle placer a la humanidad...

—Doc, no. ¿Un mensaje para Gaia desde mis adentros?: Me follaría a cada homínido del terráqueo menos a usted.



Muros de silencio, Liliana Cortina Rosabal.

LUCES SOBRE KOROLEV

Johan Álvarez Castillo

Lic. en Artes Cinematográficas y Audiovisuales UAA, 4° semestre

Sólo hasta ese instante, Vladímir por fin creyó en las palabras de Yuri.
—Te lo juro, tu segundo o tercer vuelo no son nada diferentes al primero, en cada uno de ellos es como si lo hicieras por primera vez —le había dicho Yuri un día mientras cazaban a las afueras de Korolev—. El terror nunca se va, sientes que en cualquier momento el cohete estallará y te mandará de vuelta a la tierra convertido en una bola de cenizas y fuego.

Y ciertamente, esas eran las emociones que Vladímir experimentaba mientras su nave se preparaba para atravesar la atmósfera.



Después del accidente de la Apolo 1, apenas unos meses antes, los soviéticos decidieron que era hora de dar su siguiente paso en el camino rumbo a la luna. Sabían que esta misión sería su única oportunidad de retomar la cabeza de la carrera espacial contra los Estados Unidos, conscientes de que los numerosos fracasos de los dos años previos les habían dejado rezagados y que un fracaso más los sacaría por completo de la competencia. Era todo o nada.

Mientras su nave se elevaba, Vladímir no podía hacer más que mirar el lejano y turbulento horizonte a través de la pequeña ventana situada a su derecha. Desde sus primeros días como piloto, siempre le había gustado la forma en que se observaban las nubes cuando estaba tan alto en el cielo, pues le recordaban a los campos de algodón de Tiúmén, donde había estudiado durante la guerra. Pero este día parecía que las nubes se habían vestido con sus mejores colores para saludar a Vladímir y desearle un buen viaje, ya que exhibían un precioso tono anaranjado como producto de los últimos rayos del sol que ya comenzaba a ocultarse.

Cuando la segunda etapa del cohete se separó, ese mar de azafrán ya había quedado demasiado abajo como para que Vladímir fuese capaz de seguir observándolo, y el terror que sentía comenzó a ser desplazado por una sensación de sosiego. Ahora lo único que podía ver a través de la ventana era el filo de la Tierra siendo abrazado por el profundo color negro del universo. Irina, que acababa de cumplir los 8 años, amaba escuchar las descripciones que Vladímir le hacía sobre el planeta visto desde el espacio.

—Desde allá arriba la Tierra parece una enorme pelota azul y todo es tan pequeño que no alcanzas a distinguir nada.

—¿Ni siquiera nuestra casa, *papa*? —preguntaba con asombro Irina siempre que escuchaba esas palabras.

—Ni nuestra casa, ni tu escuela, ni siquiera todo Korolev. Tampoco hay líneas ni bordes como en los mapas que te enseñan tus profesores. Parecería que, si así lo quisieras, podrías ir y venir de un lado para otro sin que nadie nunca te estorbara.

Irina veía a su padre como un héroe y en abundantes ocasiones llegó a expresar que al crecer quería convertirse en cosmonauta como él. Vladímir sabía que, si su viaje tenía éxito, se volvería un héroe no sólo para su hija, sino para toda su nación y, posiblemente, para el mundo entero.

Una vez que la tercera etapa se separó, la Soyuz 1 por fin se puso en órbita terrestre e inmediatamente Vladímir recibió instrucciones del control de la misión para probar los sistemas de la nave. Al hacerlo, descubrió que uno de los dos paneles solares no se había desplegado, lo que comprometía sus reservas de energía. Al tratar de orientar el vehículo, de modo que el panel solar restante se colocara de cara al sol, Vladímir notó que uno de los sistemas de navegación, el detector de estrellas, tampoco se encontraba funcionando y volvía casi imposible la tarea de girar la nave.

Tratando de mantener la calma, Vladímir contactó al control de la misión para comunicar la situación en la que se encontraba la nave. Después de un silencio que le pareció eterno por parte de la gente en tierra, el cual imaginó se debía a las discusiones sobre lo que el cosmonauta tenía que hacer, por fin recibió órdenes.

—Parece que tendrás que usar el periscopio de la nave para orientarte y reiniciar los sistemas, eso debería permitirte desplegar el panel izquierdo —le dijo una voz carente de cualquier emoción detectable, como si ignorara el peligro que Vladímir corría en esos momen-

tos, o peor aún, le fuese indiferente. “¿El periscopio? ¿Qué es esto, un maldito submarino?”, se dijo Vladímir, pero sin ninguna otra opción en mente y con el tiempo corriendo en su contra, decidió seguir las órdenes del control de la misión.

Mientras los sistemas de navegación se reiniciaban, Vladímir comenzó a girar el vehículo utilizando los estabilizadores en los costados con un pequeño grupo de estrellas lejanas como referencia. Para su sorpresa, colocar la nave en la posición correcta fue más sencillo de lo que imaginaba y, al hacerlo, inmediatamente observó un aumento considerable de las mediciones de la energía. Ahora sólo rezaba para que el panel solar izquierdo respondiera.

Cuando los sistemas estuvieron de nuevo en línea, Vladímir presionó los controles encargados de extender el panel, pero nuevamente éste se mantuvo sin respuesta.

—¡*Blyat!*— vociferó al mismo tiempo que golpeaba la consola de mando.

Frustrado y presa del pánico que se hacía más grande con cada segundo que pasaba, presionó desesperadamente los controles un par de veces más para mandar la señal y, para su sorpresa, el panel por fin se desplegó.

Vladímir relajó los hombros al tiempo que una sensación de alivio recorría todo su cuerpo y se llevó las manos al rostro mientras soltaba una carcajada nerviosa. En seguida, avisó al control de misión del nuevo estatus de la nave y se alegró de esta vez poder escuchar gritos y voces de celebración a través de la radio.

Entonces recibió sus nuevas órdenes por parte de la estación: Vladímir debería esperar la llegada al día siguiente de la Soyuz 2, que iría tripulada por tres cosmonautas con los cuales realizaría labores de acoplamiento y una caminata espacial para pasar de una nave a la otra. Después de esto, Vladímir y sus compañeros podrían volver a la tierra, donde seguramente se les recibiría con música y fiesta.

Libre de cualquier preocupación, Vladímir decidió apreciar las extraordinarias vistas de la tierra a través de su ventana. Gracias a la trayectoria que la nave poseía en ese momento, Vladímir tenía una vista casi perfecta de la URSS occidental, específicamente de su querida Moscú y las ciudades aledañas a ésta, entre las que se encontraba Koroley, donde actualmente radicaba con su familia y se encontraba el centro espacial. Mientras apreciaba las luces que ya se comenzaban a

encender para dar la bienvenida a la noche moscovita, Vladímir pensaba en lo que haría una vez que estuviese de vuelta en la Tierra.

Decidió que lo primero sería darle un gran beso en la mejilla a Irina y después llevaría a su esposa Valentina a cenar y bailar, pues hace tiempo que no salía a divertirse con ella. Así, con la imagen de su amada Valentina en la mente y las luces de Moscú a través de su ventana, Vladímir comenzó a conciliar el sueño. Pero, justo antes de que lograra quedarse dormido, una serie de luces provenientes del horizonte y con rápido avance en dirección a Moscú lo sacaron de su estado de somnolencia.



En un pequeño lote baldío frente a su edificio de departamentos, Irina jugaba con Ignat y Alexei, dos vecinos de su edad, hijos de trabajadores del centro espacial, como ella. Con cascos y una nave de cartón, los tres niños viajaban a través del cosmos rumbo a Saturno, el planeta favorito de Irina, cuando vieron en el cielo un grupo de luces que se acercaban a la ciudad.

—¿Qué será eso? —preguntó Irina.

—¡Ah! Esas son obviamente estrellas fugaces, mi *mama* dice que si ves una tienes que pedir un deseo —respondió rápidamente Alexei.

—¡Pues pidamos un deseo entonces! —propuso con emoción Ignat.

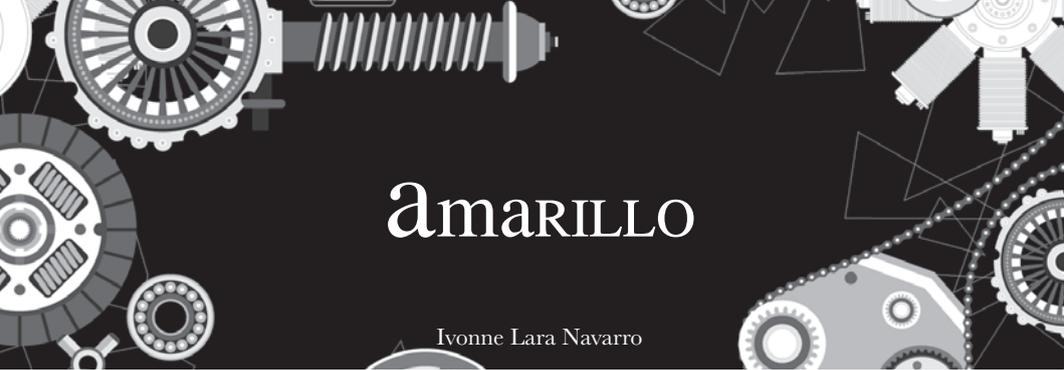
—¡Irina!

Apenas audible por encima del sollozo de las alarmas nucleares, los tres niños se volvieron al escuchar la voz de Valentina, quien se dirigía a toda velocidad hacia ellos. Detrás de ella, grupos de personas llenas de pánico se apresuraban hacia el interior del edificio de apartamentos.

Cautivados por el escándalo, los niños no vieron el momento en que los misiles impactaron Korolev.



Universos paralelos, Ximena Zertuche.



amarillo

Ivonne Lara Navarro

Ya no quedan palabras sagradas sobre las bocas fósiles, aquí termina la esperanza y comienza la resignación.

La escena transcurre imparable, quietud inapropiada para momentos tan ásperos que duele citar.

Tiempos confusos girando el cuello sobre su propio eje desde el exilio. Noches cansadas con lluvias irregulares, raquíticas.

(Se extingue la vista con discreción)

Un canasto arrojado a su suerte frente a la puerta, un canasto en que dormitaba el frío, recién venido al mundo.

Recordé que la muerte llegó del mismo modo: la muerte niña, que mamó y bramó del mismo seno desteñido en que después engendró finales mal apiñados; tragedias estáticas, como actos fatales; tragedias masoquistas, embriagadas de dolor; tragedias ponzoñosas que supuraban y bebían del mismo tarro; tragedias asqueadas de su propia tragedia, del amarillo verduzco que teñía sus rostros y las palmas de sus manos.

Quise asesinar con mis manos la tragedia.

Quise asesinar con mis manos al insomnio.

Quise asesinar con mis manos su recuerdo.

Ella era la luz de la antorcha encendida en el invierno tardío, era

la nieve que el calor volvió incorpórea y volátil, era el brillo que nace en el rabillo morado del ojo que espía de cerca a la desdicha, era las alas de la mosca que se juraba hembra por tener el abdomen café, y un par de secretos oscuros guardados dentro de un frasco.

Ella era el impulso y la indiferencia, era un instinto suicida y un par de plumas flotando sobre el agua. Era el cabello negro que caía sobre su hombro derecho y un susurro lejano llegando a oídos de Elisa. Era una copa de cicuta bebida de fondo para calmar los nervios.

Del recuerdo sólo las heridas quedan. Heridas como mártiresacrónicos llegando tarde a la resurrección; el mismo despunte del alba comiéndonos los ojos desde distintas páginas, el mismo libro mal escrito en que vertimos desperdicios y gusanos asqueados que se retorcían, exangües, en su propio vómito amarillo. Amarillo, siempre amarillo; el puto amarillo manchándolo todo, asomándose detrás de cada cornisa, sugiriéndose a sí mismo entre luces y reflejos. El puto amarillo que escarba entre huesos ya secos, que se pega la boca y produce arcadas, que huele a decadencia e incertidumbre.

Ella era la copa de los árboles lanzando luciérnagas amarillas por el bosque. Era el último pensamiento cálido antes de caer en la locura.

ÍNDICE DE IMÁGENES



Las bocas de Belcebú
Tkrmz

15



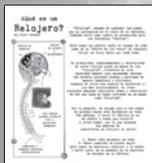
Une Fille
Eimy Valeria Guerrero Jiménez

22



Los Príncipes de Fleisch
Tkrmz

28



Relojeros
Tkrmz

36



Comecorazones
Tkrmz

38



Atemporal
Mr. Pulp

44



Muros de silencio
Liliana Cortina Rosabal

54



Universos paralelos
Ximena Zertuche

59